

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n.º 10 en Paris

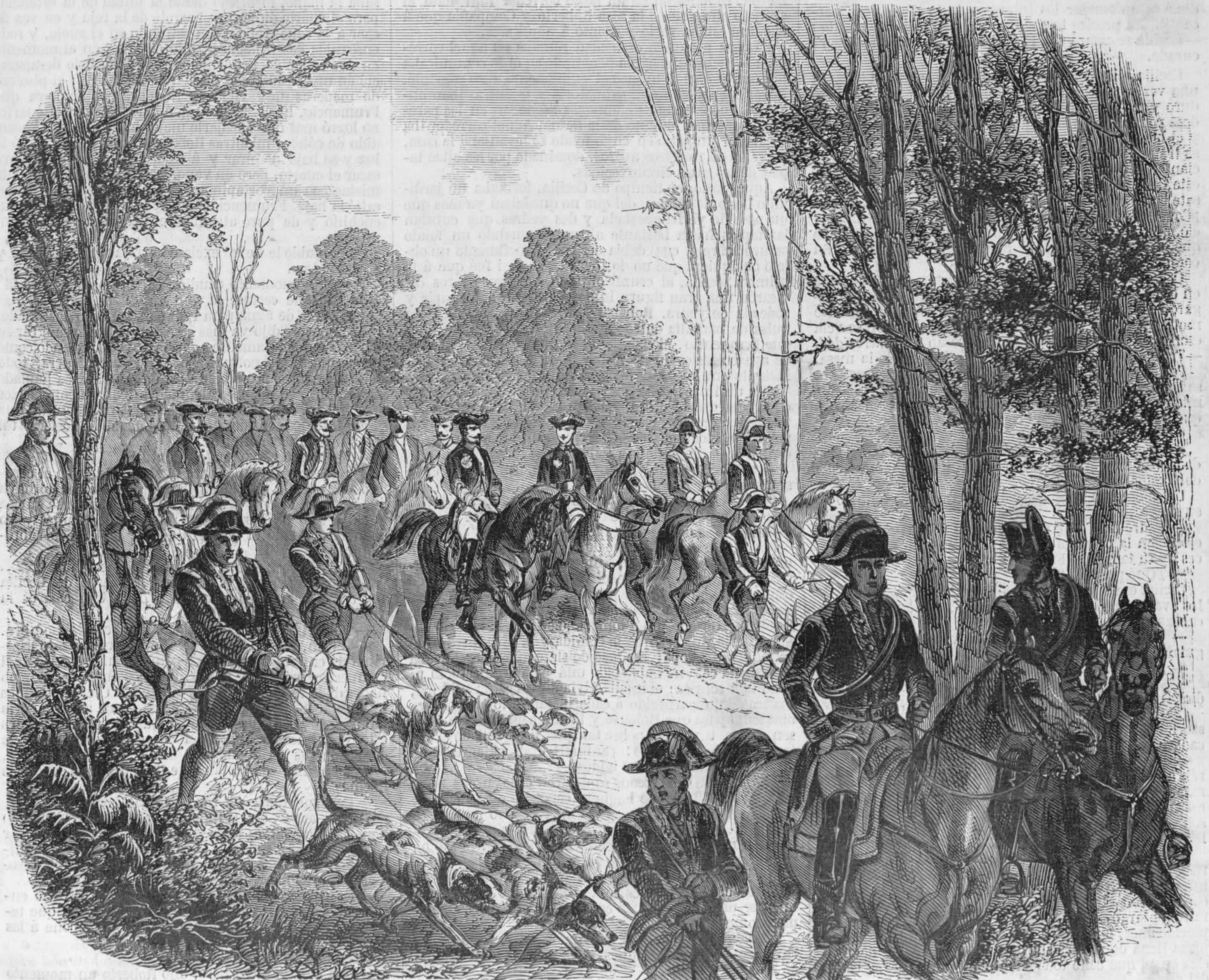
Año 15. — N.º 204.

## SUMARIO.

—  
salida de cazadores en Compiègne; grabado. — Cecilia. —  
Revista de Paris. — Hilandería de Landernau graba-

dos. — Hombres ilustres de la América española. —  
El céfiro y una flor. — La Persia; grabados — Gerifalte.  
— Expedición de la Indo-China. — El Jardín de Plan-  
tas de Paris grabados.

Damos un dibujo representando la salida de la corte imperial para una gran cacería en los bosques de Compiègne. El día 9 Sus Majestades regresaron á Paris con un tiempo bastante regular, sin embargo de que á las dos de la tarde el cielo se ha cubierto de gruesas nubes.



Salida de cazadores en Compiègne.

En el desembarcadero del ferro-carril se habian concluido desde por la mañana los preparativos de recepcion; los tapiceros y las floristas levantaron y adornaron en pocos momentos un riquísimo pabellon á la entrada de la estacion, en el patio del Sud.

A la una empezaron á llegar los equipajes de SS. MM., los guardias de Paris y muchos altos funcionarios, y la muchedumbre de curiosos se estableció en todos los puntos desde donde creia poder gozar del espectáculo que debia ofrecer el paso del cortejo imperial. La vuelta de SS. MM. á Paris causaba, á juzgar por la fisonomía del público, una satisfaccion marcada. En Bolonia y en Saint-Cloud las casas estaban adornadas con colgaduras.

Parece que la corte no pasará á Fontainebleau como se habia anunciado, y permanecerá en Saint-Cloud hasta su vuelta definitiva á las Tullerías que tendrá lugar próximamente.

## CECILIA.

(Continuacion).

A medida que iba creciendo en años, crecia Cecilia en hermosura de un modo asombroso: sus rasgados ojos tenian el matiz verdinegro de un agua muy profunda, segun la expresion de Frumencio y, nuevo primor, tenia un lunar; tamaño como una lenteja, en el labio izquierdo, lunar que daba mayor realce á la tersa blancura de su cutis. Y con ser tanta, aquella hermosura era nada todavía en comparacion de la de su alma: era tan generosa cuanto egoísta era su padre, lo cual no es poco decir. Cecilia se impuso la tarea de equilibrar á los ojos de Dios la suma de bien y de mal que producía el hogar doméstico, ¡y á fé que su padre no la dió poco que hacer! Sin embargo, llegó á adquirir un verdadero dominio sobre él: el avaro tenia la mirada profunda y al mismo tiempo cariñosa de su hija.

Frumencio, que tenia diez años ménos que Roberto, no pudo impunemente ver todos los dias á Cecilia y se enamoró de ella. El amor, en cuanto penetra en cualquier parte, quiere reinar solo, por lo cual emprendió cruda guerra contra la avaricia en el corazon de Frumencio. Roberto lo conoció; aquel estado de cosas tendia á comprometer los intereses de la asociacion mercantil. Era preciso tomar un partido decisivo y pronto: — Cecilia se casará con Frumencio, dijo, y al mes estará curado.

Cecilia rehusó al principio. Roberto volvió á la carga una vez, dos, diez: irritado por la resistencia, se hizo duro y malo. Su hija conoció que si seguía obstinándose comprometería los frutos de sus esfuerzos pasados y el bien que esperaba de ellos: por último, un dia que se trataba de la ruina de una honrada familia de comerciantes, cuya suerte se hallaba en manos de su padre, este respondió á las instancias de Cecilia: — Pues cástate con Frumencio y haré lo que desees; sino, no. — ¡Consiento! respondió la niña, y se casó con Frumencio. ¡Pobre Cecilia! su tarea habia doblado; ahora tenia que formar contrapeso á aquellos dos egoísmos... Su corazon no flaqueó.

Ocho meses despues de su casamiento, Cecilia estaba en cinta y muy adelantada en su embarazo cuando llegaron los dias de su marido. Ya sabemos que con este motivo le habia bordado un bolsillo: sobre él se veia escrito con avalorios de oro la palabra: *generosidad*. — Frumencio guardó la bolsa en un cajon de la mesa.

Poco tiempo despues, Cecilia le dijo: — Frumencio, se acerca el dia de mi santo, y tengo tristes presentimientos. Hagamos algo que sea agradable á Dios para que su bondad me saque con bien...

— Si puedo...

— Es cosa muy fácil. Tráeme el bolsillo que te he dado y dí á mi padre que suba contigo. En el almacen debe estar.

Un momento despues volvió Frumencio seguido de su suegro.

— Padre mio, dijo Cecilia, ya es tiempo de llevar á ejecucion la promesa que me ha hecho Vd. muchas veces; y tú tambien, Frumencio.

— ¿Qué promesa?

Cecilia enseñó el bolsillo é hizo brillar á los ojos de los avaros la palabra *generosidad*. Ambos volvieron la cabeza.

— Me habeis prometido llenarla un dia y dejaros guiar por mí para vaciarla.

— ¿Llenarla? dijo Frumencio.

— Sí, y si me quereis, si os interesa mi salud, mi dicha, hoy mismo cumpliréis vuestra promesa.

Cecilia redujo á los dos avaros á consumir el duro sacrificio. Al cabo de sacrificios inauditos, les arrancó á cada uno cien francos. Los dos sudaban la gota gorda.

— Gracias, les dijo; gracias. Esta noche me las daréis á mí. Es cosa convenida: despues de comer, saldremos los tres juntos para gastar nuestros 200 francos á mi gusto. — Y cuando ya se retiraban añadió con una sonrisa celestial: — Ya sabeis que me habeis prometido hacer todos los años otro tanto.

A la hora de comer, Cecilia se presentó vestida en traje de paseo. Su rostro estaba radiante de alegría; nunca su padre y su marido la vieron mas animada y cariñosa con ellos. Mientras acababan de comer y durante el largo rato que estuvieron de sobremesa, complacidosísimos, ella pasó á la sala y les tocó al piano una pieza llena de la mas suave melodía, un trozo de música en el que echó toda su alma. Aquel fué el canto del cisne.

— Ya estoy lista, dijo enseguida con la sonrisa en los labios, y enseñándole el bolsillo.

Roberto y Frumencio se pusieron los sombreros, pero en el momento de poner Cecilia la mano en el pestillo de la puerta, se estremeció toda y su rostro se cubrió de una mortal palidez. Acababa de sentir los primeros dolores del parto: no fué posible salir.

Al dia siguiente murió Cecilia despues de haber dado á luz una niña, murió teniendo asidas en las suyas las manos de su padre y de su marido, que acababan de jurarla que cumplirían escrupulosamente su juramento.

Frumencio, desesperado en los primeros momentos, no vió en su hija mas que la causa de la muerte de Cecilia: ni siquiera quiso mirarla y la hizo llevar inmediatamente á casa de una nodriza al campo. Ya sabemos cómo cumplió en lo sucesivo sus deberes de padre. Muerta Cecilia, su provechosa influencia fué borrándose por dias: el mal espíritu de avaricia y dureza volvió á apoderarse con mas fuerza que ántes de aquella casa, cada vez mas triste, mas enojosa y glacial. El polvo lo invadió y cubrió con un velo gris el piano ya siempre mudo.

Pocos años despues, nuestros avaros se retiraron del comercio, encerrándose en un círculo de monótonos y sórdidos hábitos de vida, en los cuales vegetaron miserablemente hasta el 26 de octubre, dia en que empieza nuestra historia.

¿Comprendes ahora, oh lector, la turbacion, el estremecimiento, el espanto mas bien de los dos avaros? Acababan de ver á Cecilia, — á Cecilia muerta: aquella pobre mujer que se habia sentado en la punta de su banco... era ella. ¿Cómo dudarle? El gas iluminaba de lleno su rostro, y no era posible que Roberto y Frumencio desconociesen aquel hermoso y descolorido semblante, aquellos rasgados ojos verdes como un agua muy profunda y aquel lunar junto á la boca. — Los dos viejos se retiraron temblando bajo aquella impresion: no tenian costumbre de recogerse tan temprano.

Las tinieblas del desierto callejon en cuyo fondo vivian les dieron miedo aquella noche, por lo que se apresuraron á meterse en su casa y cerrar la puerta como si los fueran persiguiendo. El ruido que hizo al cerrarse les pareció de siniestro agüero: entrado que hubieron, se hallaron en un largo corredor inmediato al antiguo almacen de la casa Roberto y Compañía que á la sazón estaba vacío y pronto á alquilarse.

La mas profunda oscuridad reinaba en aquel corredor: la niebla que habia penetrado en él le comunicaba un fuerte olor á humedad sumamente desagradable. Roberto encendió una palmatoria y mientras iban andando, sus sombras gigantescas oscilaban en las paredes á cada movimiento de la llama. Aquel corredor iba á parar á un patio en cuyo fondo se levantaba la casa, mansion de nuestros avaros, dominada por las altas tapias de las casas circunvecinas.

Aquel patio, en tiempo de Cecilia, formaba un jardinillo lleno de rosales, del que no quedaban ya mas que un poco de yerba agostada y dos yedras que cubrian las tapias hasta bastante altura, formando un fondo oscuro sobre el cual debia destacarse fácilmente un objeto cualquiera que no lo fuese tanto; así fué que á la primera ojeada, al cruzar el patio, nuestros avaros divisaron una gran figura inmóvil arrimada á la tapia y rodeada de yedra. Roberto puso su mano izquierda á guisa de pantalla entre él y la llama, y vió, lo mismo que Frumencio, el espectro de Cecilia tal cual acababa de aparecerseles junto al banco en la plaza. En aquel instante una bocanada de viento les apagó la luz.

Con un impetuoso terror subieron los tres escalones exteriores que conducian á la puerta, la cual estaba entornada, circunstancia singular: como entraron muy á prisa y á oscuras, Roberto se pegó un recio encontron contra la baranda de la escalera.

— ¡Pedro! ¡bruto! ¡animal! gritó, como queriendo suplir el valor con la violencia.

Pedro, todo aturrullado, salió de una pieza del cuarto bajo con una vela en la mano. Frumencio se la arrancó y subió precediendo á su suegro.

Pedro, hermano de leche de la hija de Frumencio, era un mozo de como hasta veinte años, pero chiquitín, enteco y tan apocado que nadie le hubiera dado arriba de quince: inapto para las faenas del campo, sus padres habian tenido á mucha dicha que Roberto y Frumencio hubiesen consentido en tomarle á su servicio. No le daban salario, ni mas que la comida y la ropa, pero ¡qué comida! ¡qué ropa! En mas de siete años que llevaba en aquella casa no habia oido una palabra afectuosa ni visto una sonrisa; el infeliz vivia en perpetua sujecion, maltratado, escarnecido á cada instante, lo cual no era obstáculo para que Roberto y Frumencio se maravillasen de que tuviese el pobre tan poco desarrollado el entendimiento. — ¡Bruto! ¡animal! eran palabras que nunca se les caian de los labios.

Al entrar en el corredor se dejaron caer en sus acostumbros sillones de baqueta con tachuelas doradas. Iguales sentimientos les agitaban; ninguno de los dos se atrevia á comunicar al otro sus terrores.

Roberto decia allá en sus adentros: — El frio me ha penetrado el cuerpo: la niebla es muy dañosa y tengo algo de calentura; la calentura trastorna siempre mas ó ménos el cerebro... es cosa sabida... y e tónces cree uno ver una multitud de cosas... Apuesto á que Frumencio nada ha visto.

Frumencio, despues de pasearse muy agitado de arriba abajo durante algunos instantes, se paró delante de Roberto y le dijo:

— ¿Cree Vd. en los aparecidos?...

La respuesta expiró en los labios de Roberto, el cual perdió toda su serenidad conociendo que tambien Frumencio habia visto lo que él.

A la siguiente vuelta, Frumencio se paró de nuevo y dijo:

— Siento que no diera Vd. el cuarto á la niña.

— Tambien yo lo siento.

— Acaso estariamos mas tranquilos á la hora de esta. Y Frumencio prosiguió su paseo.

— La verdad es, dijo Roberto al poco rato, que el tal cuarto me pesa en el bolsillo como una bola de plomo. Sí, me alegraría de habérselo dado á la chica.

Esto diciendo sacó el cuarto del bolsillo y lo dejó en la esquina de la mesa.

— ¡Uf! exclamó limpiándose el sudor de la frente, ¡qué cosa tan rara! Mire Vd., Frumencio, mire Vd... reluce como un ascua.

— ¡Qué simpleza! dijo el otro sin atreverse á mirar... esos cuartos relucen así porque se acuñaron en tiempo de la revolucion con metal de campanas.

— Eso es... sí... con metal de campanas.

Estas palabras sumergieron á Roberto en un nuevo orden de ideas: parecióle que el cuarto empezaba á mecerse lentamente en la mesa como antiguamente se habia mecido bajo otra forma en algun alto campanario. Parecióle oír un ruido de bronce batido apenas perceptible al principio y que luego iba creciendo, creciendo poco á poco hasta convertirse en una voz que cantaba: Siendo campana doblé en los aires, — doblé el toque de oracion, — de oracion por los vivos y por los muertos... ¡por los pobres muertos! Ahora que soy cuarto voy corriendo el mundo, del rico al pobre... soy la moneda del pobre... me gusta pagar su pan. Las bolsas de los avaros son mis cárceles... Libértame.

El ruido, ya tremendo, atronaba los oidos de Roberto que con toda su fuerza se apretaba la frente con las manos.

— ¿Lo oye Vd., Frumencio, lo oye Vd.? está hablando de oracion... de los pobres!... Suena mas que una campana ese cuarto... me parte la cabeza! Libérteme Vd. de él... tírelo Vd á la calle... hágame Vd. ese favor.

Frumencio abrió rápidamente la ventana que daba á un angosto callejon y fué á coger el cuarto: con la prisa de deshacerse de él, pues no parecia sino que le abrasaba la mano, lo arrojó desde la mitad de la estancia, pero el cuarto dió en un barrote de la reja y en vez de caer á la calle, rebotó con estrépito en el suelo, y rodó enseguida describiendo medio círculo: en el momento en que el pié de Frumencio iba á alcanzarle desapareció en una rendija del piso entre dos tablas: el piso era de maderas muy viejas y rajadas, por manera que Frumencio, haciendo hincapié para detener el cuarto, no logró mas que encajarle mejor en la rendija. Encendido de cólera, mientras Roberto estaba lívido, cogió la luz y se bajó á mirar y á escarbar con las uñas para sacar el cuarto, pero en vano. Roberto probó á hacer lo mismo con un cortaplumas, pero al primer esfuerzo, saltó la hoja. Frumencio á su vez quiso probar con un cuchillo y de puro aturdido se hizo una cortadura en un dedo.

— El diablo le lleve! exclamó arrojando el cuchillo y levantándose.

En aquel momento acudió Pedro á poner la mesa: dijéronle que cerrase la ventana y Frumencio se hizo dar un vaso de agua para remojarle el dedo lastimado.

— Roberto, dijo ya mas sosegado dejando sangrar su herida, verdaderamente nos estamos conduciendo como unos chiquillos, porque á poco que se discurra, todo esto se explica muy bien. Esta tarde hemos hablado de Cecilia... se nos ha calentado la cabeza con ciertos recuerdos... Añádase á esto una semejanza fortuita, una ilusion de los sentidos, el influjo de la atmósfera, tal vez un poco de calentura...

— Sí, lo que es yo tengo calentura.

— No se necesita mas para trastornarle á uno el cerebro y atronarle los oidos. Ahora, que ese cuarto haya ido á dar en la reja y venido rodando á meterse en esa rendija, que á Vd. se le haya roto su cortaplumas y yo me haya cortado el dedo... ¿qué hay en esto de sobrenatural?

— Nada seguramente. Por manera que Vd. no cree...

— Una cosa creo... y es que el recuerdo de Cecilia nos ocupa demasiado; con razon ó sin ella esta es la verdad.

— Pobre máquina es por cierto la cabeza del hombre.

— En fin, repuso Frumencio, pues que nuestro espíritu está enfermo, tratémosle como á enfermo. — ¿Cuál es nuestro mal? Vd. y yo andamos inquietos por no haber dado todos los años, como queria Cecilia, algunos cuartos á los pobres! una tontería, una architontería de su parte ¿pero qué quiere Vd.? así es: nuestro mal es este. Nada mas fácil pues que el remedio... bastará que demos de vez en cuando algunos cuartos á los pobres, y quedaremos completamente en paz con nosotros mismos.

— Creo que tiene Vd. razon, dijo Roberto.

Ya ves, lector, que Frumencio sabia discurrir cuando llegaba el caso. Con unos pocos cuartos creian quedar en paz, los muy avaros!... y sin embargo, tal es la influencia de un solo átomo de caridad, esta simple resolucion los reanimó, les alivió mucho el espíritu.

— Hay que advertir tambien, añadió Frumencio envolviéndose el dedo en una punta del pañuelo, que tenemos el estómago vacío y que nada predispone á las alucinaciones como el hambre.

Y con esto se sentaron á la mesa.

— Una idea se me ocurre, dijo Roberto un momento despues; si en celebridad de ser hoy sus dias de Vd. nos

bebísemos una botellita de lo añejo á su salud... eh?... No lo hacemos á menudo.

No, ciertamente, no lo hacian á menudo.

— Voy por ella, añadió encendiendo su palmaria; entretanto, Vd. aderezará la ensalada y sacará de la alacena el pedazo de queso de bola y el tarro de dulce.

Aquello era una verdadera orgía! el queso duraba hacia seis meses: en cuanto al tarro de dulce, cuatro años traía de fecha. Lo compraron en ocasion de hallarse Roberto enfermo.

Decir que este bajó á la cueva sin inquietud seria faltar á la verdad; sin embargo no tenia mucho miedo. Cantando entre dientes bajó la escalera, cantando eligió la botella; luego se le ocurrió que no se había tocado á aquel vino desde la muerte de Cecilia; entónces dejó de cantar y subió muy despacio. Halló entornada la puerta de una pieza del piso bajo, y adelantando por ella la cabeza y la luz: — ¿Estás ahí, Pedro? preguntó.

Pedro no estaba allí, pero lo que Roberto vió perfectamente fué la imágen de Cecilia sentada en un rincón, en el fondo, sobre unos haces de leña. Retiróse á toda prisa como si nada hubiera visto y subió rápidamente la escalera; dejó la botella en la mesa y se dejó caer sin aliento en su sillón.

— Frumencio! está en casa... se lo aseguro á Vd. Acabo de volver á verla en la leñera.

— Bah! se le ha metido á Vd. esa idea en la cabeza y no es mas que efecto de una inflamacion de la sangre: se lo he demostrado á Vd. claro como la luz. Una copita de este vino va á reponerle á Vd... ¿Sabe Vd., Roberto, que esta botella tiene veintidos años?

Frumencio le echó una copa.

— A la salud de Vd. pues, ya que son sus dias! dijo Roberto, y se echó la copa al cuerpo de un trago. — ¡Qué aroma! qué calor! verdaderamente que si todos los dias lo probáramos, creo que nos había de alargar la vida.

Ah! era en efecto un vino generoso, de lo mejor, tan generoso que ya se iba llevando de vencida la estúpida parsimonia del avaro.

— ¿Pues hemos de esperar á morirnos para bebernoslo? repuso Frumencio. — Así somos los hombres: nos privamos de todo, ahorramos, destruimos nuestra salud, guardamos, atesoramos, no disfrutamos de nada, nos hacemos odiosos...

— Cierito, cierto, ciertísimo! exclamó Roberto, cuyos ojos se iban animando. Se sacrifica uno, no tiene una persona que bien le quiera... y luego el dia ménos pensado viene la muerte y hay que dejarlo todo á los demás...

¡Noble, excelente vino! otra copa mas se bebieron los dos avaros y ya se disponian á continuar en el mismo tono, cuando se exhaló del piano en la sala inmediata una sonora y triste nota... Desde la muerte de Cecilia nadie había tocado el piano.

Estremeciéronse Roberto y Frumencio y se pusieron á escuchar, pero nada mas volvieron á oír.

— Por mi vida, exclamó este último, que parecemos unos niños. Otra copa, Roberto, y vamos á ver que es eso. Apuesto á que no es mas que una cuerda del piano que ha saltado.

— Por supuesto... eso debe ser.

Frumencio cogió la lámpara y seguido de Roberto entró en la sala, pero al primer paso se pararon atónitos. El piano estaba abierto.

— Cecilia está en casa, murmuró Roberto.

Frumencio, poco tranquilizado, fué á dejar la lámpara sobre la chimenea, cuando de pronto retrocedió al ver un objeto que relucía sobre el mármol.

— ¿Qué es eso? diga Vd., Roberto... á mí se me turba la vista. — ¿No es ese el bolsillo, el bolsillo perdido, el bolsillo de Cecilia?... Sí, lo es... Roberto, vámonos de aquí.

Y salieron andando hácia atrás, temblando, sosteniéndose apenas uno á otro.

Después de un breve momento de terror, Frumencio recobró el ánimo y exclamó resueltamente

— ¿Sabe Vd. lo que hay que hacer, Roberto?

— ¿Qué?

— Cumpliremos nuestra promesa á Cecilia, toda nuestra promesa. Cogeremos el bolsillo y todos los años pondremos en él 200 fr. para los pobres.

— Sí, sí.

— Y los distribuiremos nosotros mismos...

— Sí, sí...

— Y entónces, ¿porqué habíamos de temer el espectro de Cecilia?

Frumencio se fué derecho y sin luz á coger el bolsillo en la chimenea de la sala y lo dejó respetuosamente sobre la mesa. El bolsillo se conservaba tal cual Cecilia lo había tenido en sus manos la vispera de su muerte; dentro de él estaban todavía los 200 fr. Frumencio llenó las copas.

— ¡A la memoria de Cecilia, de nuestra querida Cecilia!

— A su memoria! dijo Roberto.

(Se continuará.)

## Revista de Paris.

A fines de julio último el vizconde Anatolio de X... viajaba por un departamento francés, á la salida de un camino de hierro en la berlina de una diligencia cuya estrechez combinada con la presencia de dos gruesos provincianos le hacian la caminata intolerable. Así fué que acabó por can-

sarse y se apeó del coche con la intencion de concluir lo que le faltaba de su viaje á caballo. La diligencia prosigue su camino, pero en las cuadras de la casa de posta donde acababa de hacerse el relevo no había mas que dos caballos ajustados ya para un carruaje particular que debía pasar en breve. En vano Anatolio buca en todo el pueblo un caballo ó un vehículo cualquiera, el lugar carece de recursos de ese género, lo que puso en un apuro al vizconde, pues le urgía ver á uno de sus parientes que se hallaba peligrosamente enfermo en el Monte de Oro.

Preguntábase cómo saldría de aquel atolladero, cuando oye el ruido de un carruaje que un instante despues aparece y se detiene. En él venia una señora jóven acompañada de su doncella. El vizconde Anatolio hombre de mundo, por consiguiente de modales distinguidos y de fácil lenguaje, se aproxima á la portezuela, y con el corazon henchido de esperanzas, comienza al punto un corto discurso muy fino y muy atento, que en sustancia se reducía á exponer su situacion y á solicitar de la dama el favor de viajar, no con ella, pues esto habría sido una indiscrecion, sino en el pescante con su lacayo.

La dama asomó su lindo rostro, examinó al vizconde de piés á cabeza, y al cabo de este exámen rápido como el relámpago, negó la peticion en estos términos:

— Caballero, no acostumbro á viajar con personas que no conozco.

Anatolio se queda pues, como ántes en medio del polvo del camino. Pero de repente se le ocurre una idea. Entra en la cuadra donde estaba el postillon sacando los caballos, se llega á él, y deslizándole una moneda blanca en la mano, le dice:

— Despáchate, amigo mio, vengo á ayudarte.

El postillon da las gracias con asombro y el vizconde prosigue:

— De tí depende ganar el doble y el triple.

— ¿Y cómo?

— Muy sencillo, no tienes mas que montar y caminar á escape.

— Pues si no hay otra cosa que hacer, quedará Vd. satisfecho, responde el postillon.

Anatolio se acerca entónces al coche y distinguiendo al lacayo que no había abandonado su asiento, le habla de este modo:

— Amigo mio, el que tiene un ama tan buena como la tuya debe apresurarse á servirla; baja pues, te ayudaré á enganchar los caballos.

El criado que vió al vizconde hablar con su señora, creyendo que se conocen, no titubea en hacer lo que le mandan. El postillon monta en su caballo delantero, y en tanto que el lacayo acaba de arreglar el tiro, el vizconde sube con presteza al pescante; el postillon sacude el primer latigazo, el lacayo apenas tiene tiempo para saltar al lado de Anatolio.

El camino es bueno, los animales de brio, el postillon ha oido una aventura entre un caballero y una dama del gran mundo, y comprendiendo que habrá propina larga, se conforma á lo recomendado por el vizconde; el carruaje marcha con una velocidad inusitada.

Al cabo de algunos minutos el vizconde siente que le tiran de la levita, al mismo tiempo que la dama interpelela ágramente á Joaquin mandándole que hiciera bajar á la persona que estaba á su lado.

— Joaquin, exclamó Anatolio, oye con atencion lo que voy á decirte; eres robusto y fuerte, pero yo no soy flojo, y si obedeces á tu ama lo mejor que te puede suceder es que ruedes conmigo á los piés de los caballos. Toma estos dos pesos y seamos amigos, mi intencion es apearme en cuanto alcancemos á la diligencia que va delante lo que no tardará en suceder al paso que llevamos.

Joaquin se contentó con responder á su ama:

— Pero señora, el postillon no me hace caso y no puedo obligar á este caballero á que deje el asiento.

— ¡Postillon, detente! gritaba la dama.

Y el postillon sacudía á los caballos y el coche volaba.

La señora se apoderó nuevamente de la levita del vizconde y le dijo con imperio y como ofendida:

— Baje Vd., baje Vd., caballero.

El vizconde volvió al fin la cabeza y dijo friamente:

— Señora mia, es cosa de diez minutos.

— Pues señor, ya que es preciso llevar á Vd. en mi coche, á lo ménos tenga Vd. la bondad de decir al postillon que no vaya tan de prisa porque va á romper los resortes del carruaje.

Y dicho esto la dama se recostó en el fondo de su asiento y no volvió á desplegar sus labios.

Anatolio y el lacayo se hicieron muy amigos hasta el momento en que la silla de posta alcanzó á la diligencia. Entónces el vizconde se apeó y se llegó á la portezuela para saludar á la dama y despedirse, pero la señora no se dignó moverse del rincón en que estaba escondida.

Gracias á la superchería el vizconde llegó sin tardanza al Monte de Oro, donde se encontró en medio de un mundo de relaciones. Entre estas se contaba una duquesa, mujer de nota en la sociedad de Paris, y Anatolio contó á esta señora el episodio del camino con todos sus pormenores.

— Pues ha de saber Vd., exclamó la duquesa despues de haber oido con interés aquella narracion singular, que yo conozco á la heroína; solo la baronesa de N... es capaz de eso, y sin embargo, es una mujer encantadora, y además, amigo mio, es una jóven viuda, dueña de una fortuna muy bonita... Pero lo mas particular es que espero aquí su visita un dia de estos.

— ¡Diablo! exclamó Anatolio, el lance se complica; ¿no sería fácil ocultarla que yo soy su atrevido compañero de viaje?

— Facilísimo, será una comedia que vendrá á interrumpir la monotonía de la vida que aquí llevamos.

Tres dias despues la silla de posta de la señora baronesa de N... estaba en el Monte de Oro y aquella misma tarde la viuda pasaba á ver á su amiga la duquesa que se hallaba en compañía del vizconde Anatolio. ¡Júzguese cuál sería su sorpresa al verle!

La presentacion fué hecha por la duquesa en toda regla. A oír el nombre del vizconde la viuda manifestó cierta expresion de asombro:

— Me parece, exclamó, que conozco á este caballero... Sí... hemos viajado juntos, continuó con una especie de ironía.

Aquí la escena siguió su curso y dos de los personajes representaron en ella su papel con una verdad que hacia la situacion muy cómica.

— No creo que esas conjeturas sean fundadas, querida mia, dijo la duquesa á su amiga, pues yo sé de donde viene Vd. y el vizconde ha llegado por un camino opuesto.

Aquí la viuda pidió mil perdones y tomó el partido de no insistir mas, pero dudaba todavía, aunque el caballero que estaba en el salon le parecia en verdad superior al otro en rostro y en figura.

Una noche Anatolio que se había empeñado en disipar hasta la última sospecha en el espíritu de la viuda, entró de repente en el salon de la duquesa, donde se encontraba aquella señora, anunciando que al fin había podido dar con el viajero insolente; es un oficial húngaro que en efecto tiene con él cierta semejanza; este señor contaba todos los incidentes del trayecto que había hecho en el carruaje de una dama, contra su voluntad, y mezclaba su historia con reflexiones de tal naturaleza, que él no pudo ménos de criticarle en alta voz su conducta, pidiéndole que se mostrara mas circunspecto.

— Eso ha sido mucho, señor vizconde, dijo entónces la viuda con cierta agitacion; era inútil que Vd. se comprometiera.

¿Debemos decir el resto de la historia? Anatolio y la baronesa anudaron tan buenas relaciones en los baños del Monte de Oro, que lo primero que hicieron al llegar á Paris en el mes último fué celebrar su boda.

Este casamiento cuyas novelescas circunstancias tomamos de un artículo sobre la vida de Paris publicado en el «Sport» valdrá á la sociedad parisiense un elegante salon mas este invierno.

Rossini, segun dice un periódico de teatros, fija definitivamente su residencia en Paris, y para ello acaba de alquilar una hermosa habitacion en la calle de la Chaussée de Antin número 2 por el precio de dos mil pesos anuales. Hace mucho tiempo se ha dicho y se repite que el maestro ha perdido toda aficion á la música, mas aun, que la música le disgusta sobremanera, pero esto no es exacto: Rossini enfermo y lleno de achaques no compone ya y descansa durmiendo en sus laureles, pero los que le tratan íntimamente saben muy bien que no desdenea en muchas ocasiones sentarse al piano para acompañar á algun artista que le canta un aria de sus óperas, y Dios sabe las brillantes improvisaciones que resultan de estos acompañamientos ejecutados sin pretension, entre media docena de personas.

Hé aquí una anécdota que prueba que el ilustre anciano recobra á veces el ardor musical de sus años juveniles.

Hace pocos dias un muchacho que estaba con un orgañillo á la esquina de la casa de Rossini, ejecutaba á su manera el «Di tanti palpiti», en medio de un corro de gente. De súbito un caballero anciano se abre paso, llega hasta el perdidero y le dice con presteza:

— Mas de prisa, mas de prisa, amigo mio.

— ¿Cómo pues?

— Que vayas mas de prisa... ¿ignoras que es «allegro»?

— Pero señor, no sé...

— Mira, te voy á enseñar como se hace.

Y tomando la manecilla del instrumento el anciano sacó el compás justo.

— Gracias, caballero, dijo el muchacho, me aprovecharé de la leccion que me ha dado Vd.

Al dia siguiente el mismo orgañillo tocaba en el mismo lugar el «Di tanti palpiti», que esta vez salía como era debido, segun la leccion de la vispera.

— ¡Bravo! ¡bravo! exclamó una voz del balcon de la casa á cuya esquina estaba el mozo con su orgañillo.

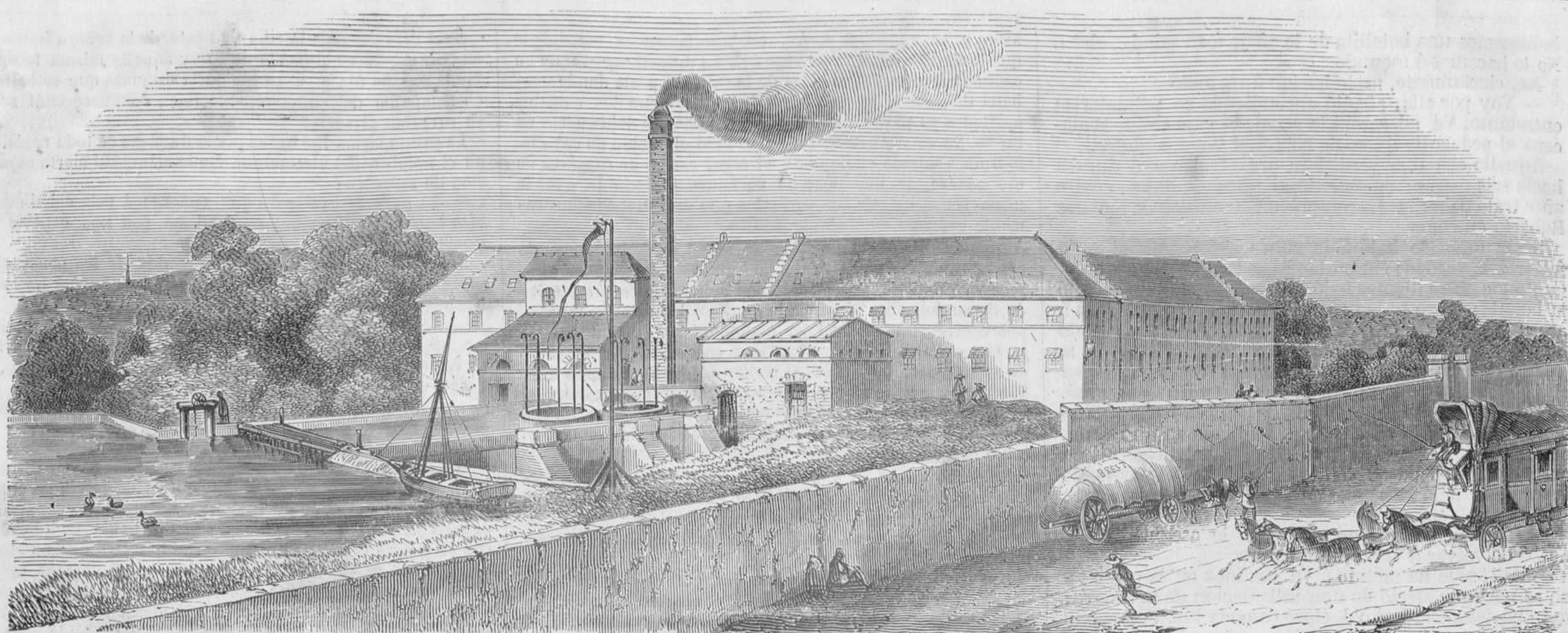
Y una moneda envuelta en un papel que cayó del mismo balcon recompensaba al artista ambulante por su docilidad en aprender lo que le enseñaban. El muchacho descubre el papel y encuentra una monedita de oro. El anciano que le había enseñado el compás del «Di tanti palpiti» era el mismo Rossini.

Concluiremos con una noticia que agrada á los amantes de la música de Verdi: este maestro está trabajando en una ópera para el teatro de la Fenicia de Venecia, cuyo argumento ha sacado un poeta italiano del drama de Garcia Gutierrez titulado «Simon Bocanegra». Si esta nueva ópera alcanza un éxito igual al del «Trovador», podremos decir que el repertorio de nuestro poeta es propicio como ninguno al genio musical de Verdi.

MARIANO URRABIETA.

## Hilandería de Landernan (Francia.)

Sabido es que ántes de la invencion de las máquinas perfeccionadas que hoy se aplican á la filatura y al tejido de las materias hilables, todo el trabajo de las hilanderías se hacia á la mano; aun en este momento los hilos mas estimados se obtienen á la mano y los lienzos mas finos se confeccionan con los hilos preparados así, lo que demuestra que la mecánica no ha resuelto todavía el problema completo de la filatura del cáñamo y del lino á pesar de todos los esfuerzos de Napoleon y de



Vista exterior de la hilandería de lino de Landernau, tomada por el camino de Brest.

las sociedades industriales de Francia. En Francia se cultivan anualmente 138,300 hect. de cáñamo que dan 65.315,000 kil.—y 90,200 id. de lino que dan 34.820,000, cantidad enorme de materias primeras que podrían alimentar muchas hilanderías mecánicas, y sin embargo, apenas la décima parte de esta fabricación se opera con máquinas.

¿Porqué pues, la filatura mecánica ha tomado tan poca extensión desde el día en que Felipe de Girard excitado aun por la recompensa de tres millones ofrecida por Napoleón, inventó la máquina de hilar el lino? Es porque hasta ahora ninguna máquina ha podido alcanzar la perfección conveniente; es porque la humilde hiladora que durante las largas veladas del invierno da vueltas al huso en medio de una humilde choza, saca un hilo tan hermoso, tan concluido, tan igual, como no se obtiene con ninguna máquina; es porque las buenas batistas no se hacen aun sino con el hilo torcido á mano. No obstante justo es decir que se trabaja con buenos resultados para obtener perfeccionamientos en los aparatos mecánicos, y que se elevan cada día nuevos establecimientos, como el que vamos á describir en este artículo.

Cerca de Landernau á orillas del camino de Paris á Brest, los señores Homon, Radiguet y Heuzé fundaron una hilandería en el año 1847. Las construcciones cuya vista general se halla representada en nuestro dibujo, se encuentran á 4 kilómetros de Landernau en un valle delicioso junto á un riachuelo llamado el Elorn. Las aguas de este rio que hasta entónces habian corrido silenciosas entre dos orillas plantadas de árboles hasta el Océano donde se pierden, han sido contenidas en un receptáculo de unas 5 hectáreas de superficie para formar un salto de 5 metros, que sirve para poner en movimiento un aparato *Fourneyron* de la fuerza de 120 caballos. Además por medio de unos canales han desviado el agua suficiente para otros dos saltos de 1 metro 50 á 2 metros, si se necesitan establecer nuevas construcciones y nuevos motores. Una de las fachadas del paralelogramo formado por el conjunto de los edificios mira á ese vasto receptáculo. Las dos últimas alas se extienden por el lado del valle, y el todo forma el establecimiento mas soberbio que pueda imaginarse. En el patio grande de la hilandería se ve el canal de las aguas que la atraviesan; por detrás se destaca sobre las construcciones la chimenea de una máquina de vapor de 60 caballos que

hace mover una parte de la hilandería cuando la baja de las aguas no permite que el aparato *Fourneyron* funcione regularmente. Esas construcciones comprenden los almacenes de materias primeras, los talleres de rastrillar el lino, de prepararlo y de devanarlo, así como los cuartos de los capataces y las oficinas. Sucesivamente pasaremos revista á estos diversos talleres describiendo en breves palabras las operaciones á que someten el lino ántes de tejerlo.

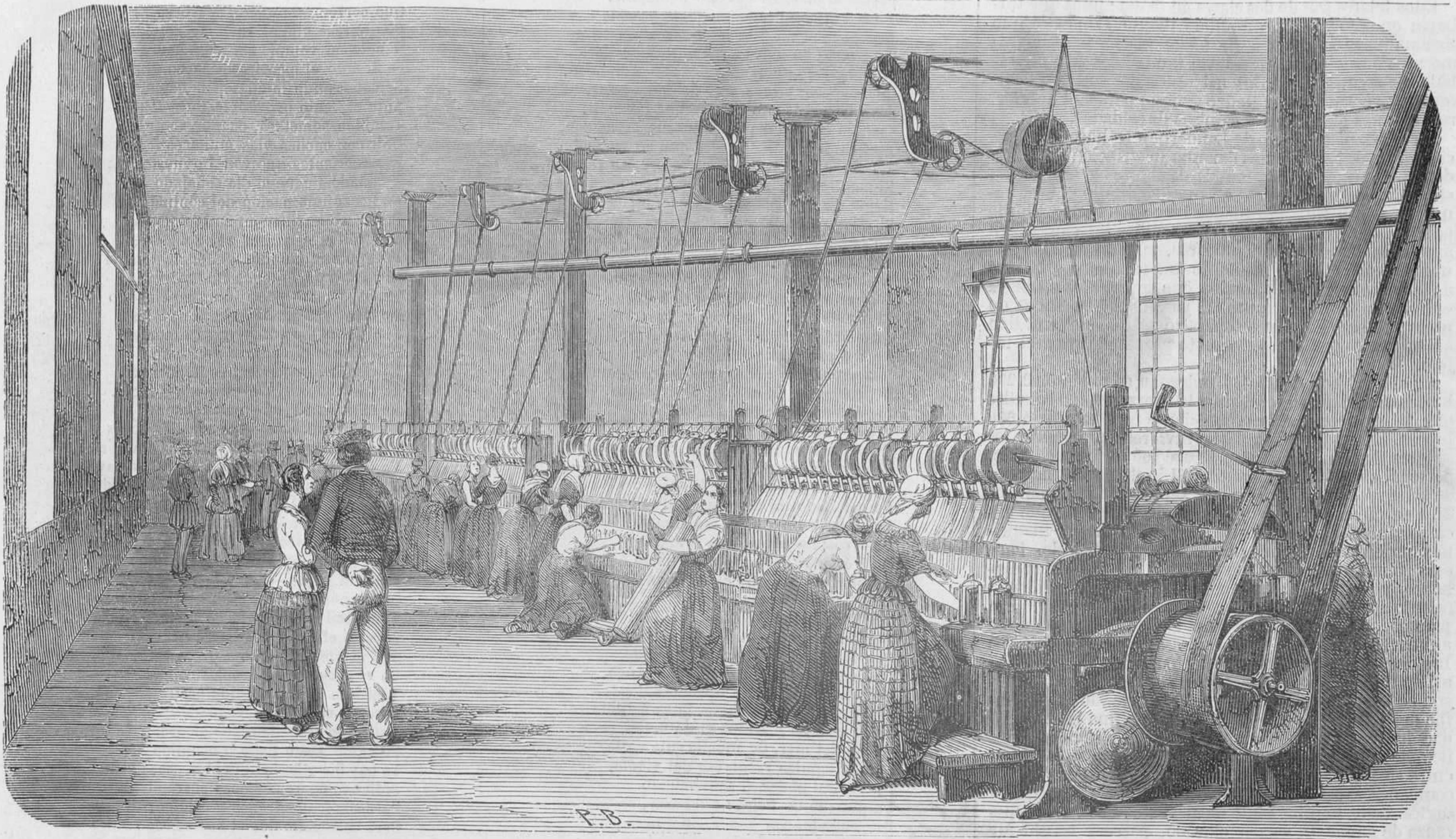
El lino, lo mismo que el cáñamo alimenta dos industrias: en lo alto de su tallo hay unas semillas que producen un buen aceite y sirven para muchas preparaciones farmacéuticas, y con su tallo convenientemente preparado se obtienen lienzos, batistas, encajes y papel. La finura del hilo que se obtiene varia mucho; ciertos hilos tienen de 6,000 á 9,000 metros de largo por kilogramo de lino, en tanto que otros tienen hasta 200,000 metros ó 50 leguas métricas por kilogramo.

El trabajo mecánico del lino se divide en dos serie de operaciones, á saber; las preparaciones agrícolas y las operaciones manufactureras. Las preparaciones agrícolas consisten en la enriadura y el espadillamiento. Enrian el cáñamo metiéndole durante un tiempo mas ó ménos largo en unas zanjas llenas de agua, después de haberle quitado las semillas; en el agua suelta la caña disolviendo la materia gomosa que la tiene adherida al filamento.—El espadillamiento tiene por objeto machacar el lino para separarle de sus fibras, pero no se procede á esta operacion hasta que el lino enriado está bien seco. Se machaca á la mano ó por medio de máquinas. En la baja Bretaña hace pocos años, esta operacion no se hacia ni con máquinas ni á la mano, sino con los caballos que pisaban el lino ó con las ruedas de las carretas. Hoy ya no sucede gracias al impulso dado á esta industria por los fundadores de la casa que nos ocupa. El espadillamiento se hace allí con máquinas. Una rueda hidráulica á la *Poncelet* pone en movimiento una multitud de ruedas con aletas que giran rápidamente. El lino va presentándose al choque de estas aletas, y todo lo que no es lino se desprende del tallo. En este estado llega el lino á los almacenes de materias primeras. En general 100 kilogramos de lino machacado dan, después de la última operacion de limpieza, unos 24 kilogramos de lino; quedan unos 10 de estopa y lo restante es paja ó desperdicios.

Ahora entra en la primera de las operaciones manufactureras que es el rastrillado. Uno de nuestros dibujos representa el lugar de esta faena, que tiene por objeto dividir el lino lo mas posible sin romper los filamentos, y soltar estos entre sí, colocándolos de un modo paralelo. La cardadura se hace por medio de máquinas ó á la mano, y este último método es el que se emplea en el establecimiento de Landernau. Para alcanzar el resultado que se desea, hacen pasar repetidas veces la mecha que hay que cardar sobre unos dientes metálicos mas ó ménos finos y mas ó ménos próximos; estos dientes están fijos en una pieza, y deben hallarse tanto mas apretados cuanto mas fina es la materia que hay que cardar ó cuanto mas adelantada se halla la operacion. Así pues, para que el aparato sea bueno es preciso que los dientes puedan cambiarse ó acercarse si es necesario. En nuestro dibujo figuramos los obreros ocupados en la cardadura; todos deben tener á su disposicion una serie de cuatro ó cinco peines cuyos dientes van



Obreros rastrillando el lino.



Taller de preparacion.

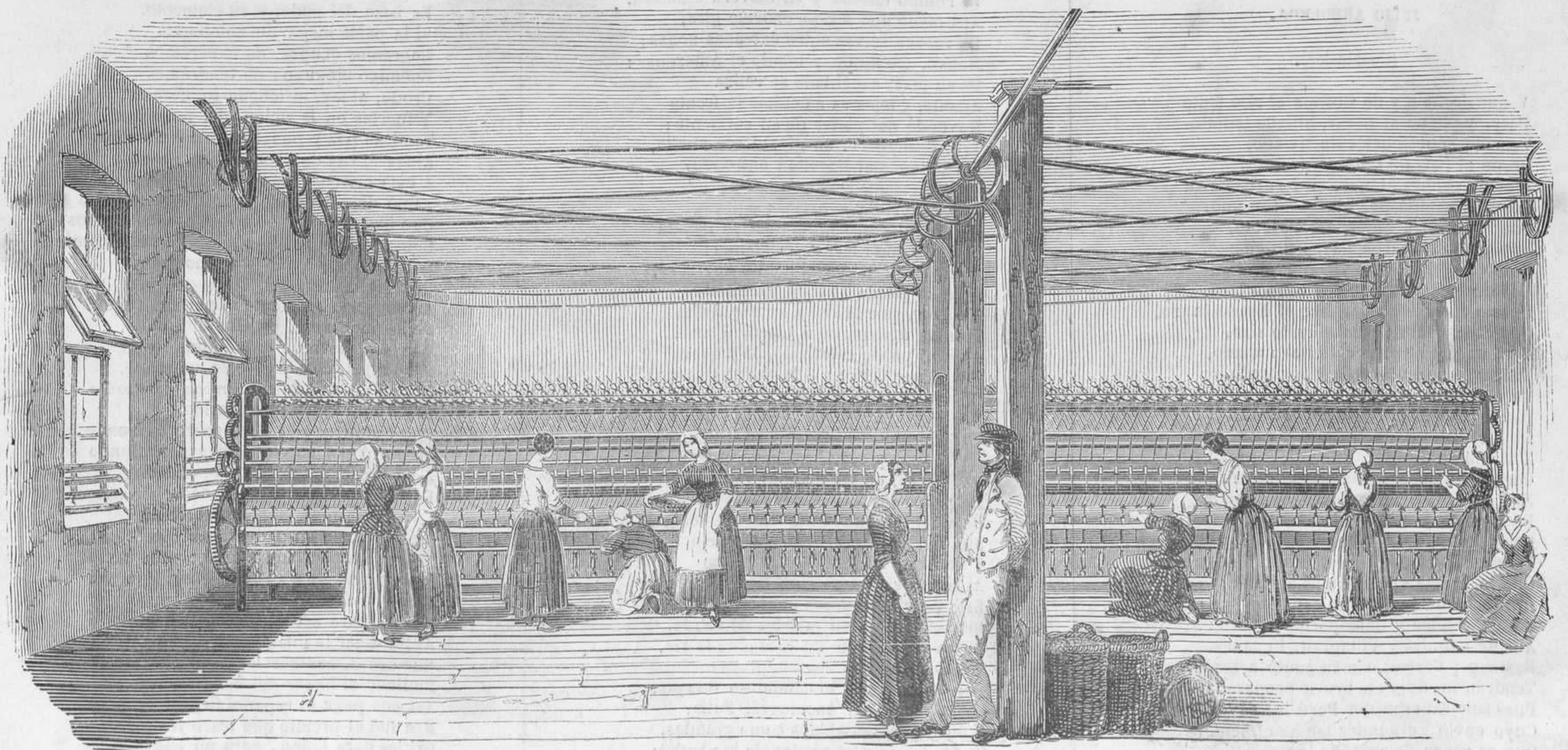
por grados siendo mas menudos y mas finos. Hacen pasar una mecha ó un puñado de 0k. 12 á 0k. 15 sobre los dientes cierto numero de veces, y á su lado hay un banquillo donde depositan las estopas y los pedazos largos; cuando el paquete de esta última materia pesa unos 10 kilogramos le toman para someterle á las operaciones siguientes. En cuanto á las estopas que el obreiro debe sacar con cuidado de entre los dientes para que se conserven ligeras, sufren otro cardado y sirven para fabricar lienzos de calidad inferior. La cantidad de estopas que se saca del lino puede variar de 30 á 40 % segun la naturaleza de los liños y el grado de la cardadura. No describirémos las máquinas llamadas *cardadoras* que se emplean en muchas fábricas aunque sean muy ingeniosas y reunan algunas de ellas las diferentes operaciones que acabamos de describir, porque esto nos alejaría del establecimiento de Landernau. Dirémos únicamente que sea cual fuere el modo de preparacion adoptado, el desperdicio es de 5 á 6 % en polvo, cuerpos extraños y paja; de modo que queda por un 94 á

95 % del peso entregado á la cardadura; 60 á 65 % de pedazos largos y 30 á 35 % de estopas.

Para transformar estos pedazos en cinta hay que recurrir á una máquina especial, y el taller donde se encuentra esta máquina se halla representado en nuestro dibujo titulado *taller de preparacion*. La máquina de extender (este es su nombre) se compone de dos hileras de cardas colocadas al lado una de otra. Se pone el lino en unos guiones de hierro batido que hay á un lado de la máquina; se mete un puñado de lino despues de otro, de modo que las puntas del segundo puñado correspondan al medio del primero, para obtener cintas de un grueso uniforme. El lino al salir del guion pasa entre dos rodillos donde está atraído por el efecto de su movimiento; se mete de allí sobre las cardas que le subdividen, y llegado á la extremidad de esas cardas, hay unas varillas transversales que le sueltan, le levantan y le meten bajo dos rodillos que le arrastran consigo. Cuando pasa un poco de estos rodillos entra en un embudo que acerca los filamentos: ordinariamente se reu-

nen en el mismo embudo las cintas salidas de las dos hileras de cardas que ya no forman mas que una; esta cinta pasa por debajo de otros dos rodillos que tienen por objeto extenderla comprimiéndola ligeramente y dejan caer despues en un cubillo de hierro batido.

Cuando las cintas salidas de la máquina de extender llegan á tener cierta finura, que ya no pueden extenderse mas sin que se rompan, es preciso torcerlas un poco para aumentar su resistencia y entonces reemplazan los cubillos con canillas donde se enroscan; para este uso son los telares llamados *bancos de brocas*. El enroscado uniforme del hilo tiene lugar por un movimiento de vaiven impreso por un escéntrico y por medio de una palanca á una placa sobre la cual descansa la canilla; esta recibe el hilo á la salida de una broca que se tuerce por su movimiento de rotacion. En estos telares la cinta va guiada tambien por las cardas como en las máquinas de extender. Por último la cinta encañillada pasa á los talleres que rematan el hilo y que se hallan en nuestro dibujo titulado *taller de las devanaderas*.



Taller de las devanaderas.

Estos telares son de dos clases en el día; unos que bajan en seco y otros con agua caliente. Con el último sistema no se baja á mas de 9,000 metros por kilógramo: los números inferiores son producidos por el trabajo en seco, y los hilos así obtenidos se tejen fácilmente y sirven para el lienzo grueso, para costales, forros, sábanas ordinarias y camisas de soldados.

En el establecimiento de Landernau se hace la operación en seco. No podemos dar una descripción detallada de la máquina en la ausencia de figuras geométricas; sin embargo, puede verse en nuestro dibujo que las canillas de devanar están inclinadas sobre el telar. El hilo pasa encañillándose entre dos rodillos inferiores bien apretados que acaban de estirarse, y de allí va al ojo de una broca que le da mediante un rápido movimiento de rotación el grado de torsión que se desea, y en fin se enrosca en una última canilla para el tejido. Tal es en pocas palabras la serie de operaciones que sufre el lino antes de estar convenientemente preparado para el tejido.

En el establecimiento de Landernau se pusieron 3,200 brocas que hilan en seco, pero la fuerza de 120 caballos que tiene el motor sería suficiente para mas de 4,000 brocas. La gran dificultad que tuvieron que vencer los señores Hamon, Radiguet y Heuzé fué la formación del personal de su establecimiento. El breton no es hombre de progreso, y transportarle de repente de la senda perdida en medio de los campos donde esperaba que un carro viniese á machacar su lino, en medio de máquinas poderosas, pareció una empresa imposible. Para esas pobres gentes una máquina era una invención diabólica y espantosa; así los fundadores del establecimiento debieron dirigirse en un principio al extranjero para poder formar su personal: vinieron ingleses que animaron á los bretones y escoceses que dieron á las bretonas valor y confianza. Hoy todos viven mezclados: así en uno de nuestros dibujos se puede ver al breton con su sombrero de alas anchas rastrellando en compañía del obrero inglés. Este taller ofrece una particularidad bastante curiosa: unos cincuenta ingleses frios flemáticos y laboriosos en extremo, dividen su atención entre su trabajo y la lectura que les hace uno de sus compañeros pagado por ellos de un periódico cartista inglés. Estos hombres que dejaron su país con la esperanza de ganar un salario elevado, parecen considerar religiosamente ese pedazo de papel impreso que les viene de su país y que les lee un compatriota. Tierno recuerdo de la patria que así nunca está ausente. En cuanto á las escocesas que vinieron para arreglar los talleres de preparación y de devanar, cumplieron su tarea de un modo digno de su reputación en este trabajo. En el día ya las bretonas son tan diestras como ellas.

Al concluir consignaremos aquí el inmenso servicio que los señores Hamon, Radiguet y Heuzé han hecho á la Bretaña y á la industria del lino construyendo en tan grandes proporciones una hilandería que ha cambiado ya la faz del país, mejorado sus productos y dado trabajos fructuosos á una población entera.

## Hombres ilustres

### DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

JULIO ARBOLEDA.

(Conclusión).

Y que de Asia y de Europa el rico fruto  
Pase, y pague al pasar, pingüe tributo.  
Vencido aquel obstáculo liviano,  
Desde el país de Cartagena eleva,  
Flotando sobre el mar, su forma nueva,  
Hasta el campo del último araucano,  
Dando las alas húmedas al viento,  
Las ondas surcarán naves sin cuento,  
Roto en el istmo, el vínculo que liga  
Los dos grandes gemelos con su lazo,  
Puesto entre ellos del mar el hondo brazo,  
Que cada cual su pensamiento siga,  
Y el uno al otro, por su buen aliado,  
Tenga gobierno propio y separado.  
Ve esta rada pacífica y segura  
Donde apostando el español devoto,  
Dejó el bajel desmantelado y roto  
Y llamola, al saltar, Buenaventura:  
Cerca está del San Juan; y aquella rada  
Nos da al Cauca riquísimo la entrada.  
Es la costa prolífica vecina  
Criadero de aromáticas maderas,  
Fuertes, flexibles, leves, duraderas,  
Que la broma voraz jamás arruina: —  
Allí tener un fuerte, un astillero,  
Para defender y defenderme espero:  
Allí de Orquijo y Villagrau, lo sabes,  
Barroso y Castro, con su gente armada,  
Tendrán mi flota en breve preparada,  
Pues solo esperan del Perú las naves,  
Cuyo envío Fernández me ha ofrecido,  
Que es varon de cumplir lo prometido.  
Ya lista allí mi armada, por la vía  
Que transita el activo, mercadante,

Bajará al mar, mi ejército triunfante,  
Y hará la costa independiente y mía;  
Mía, porque mi flota irá ligera,  
De puerto en puerto, izando mi bandera  
Cuando mis quillas sobre el mar extiendan,  
Cual blancos cisnes, sus flotantes galas,  
Abriendo al viento bienhechor las alas:  
Cuando de Arauco á Nicaragua asciendan,  
¿Quién de España vendrá que no sucumba  
Y halle en el mar, que esclavicé, su tumba?...  
El mar! el mar!... si hubiera asegurado  
Mejor Pizarro sus velas proras;  
Si criaturas imbeciles, traidoras  
No le hubiesen por Gasca, abandonado,  
Del istmo hubiera vuelto el mercenario  
A atormentar á Dios con su rosario.  
Tenga yo naves, y disponga á miles  
El rey de armas, tesoros y guerreros.  
Amellará la brisa los aceros  
De sus esclavos pérfidos y viles.  
Nos separa un abismo: el mar le inunda,  
Y protege mi imperio y le circunda.  
Si pretenden osados el estrecho  
Franquear de los hórridos volcanes,  
Que honró con su alto nombre Magallanes,  
Quedará en breve su poder deshecho. —  
Si al Atlántico escapan, los espera  
De este lado mi escuadra toda entera.  
Ya poseedor de todo el Occidente,  
De la costa marina hasta la Sierra  
Abriré rutas anchas por la tierra,  
Y uniré el corazón del continente  
Con el ancho Océano: ese el camino  
Que llevará mi imperio á su destino.  
Obra es esta, mas útil y haciedera  
Que aquella vía nivelada y grande,  
Con que hizo el Inca faldear el Ande,  
Monumento de gloria duradera,  
Que partiendo del Cusco, llega á Quito  
Sobre basalto y sólido granito.  
Dueño del mar, de aquella ruta vasta,  
Que al impulso recórrase del viento,  
Deberé mi poder al movimiento.  
Un puñado de fieles: eso basta;  
Ese puñado, con honor, do quiera  
Tremolará, triunfando, mi bandera.  
Brazos me sobrarán. Ya con decoro  
Al italiano, al portugués invito,  
Y la nativa emulación evito  
Con régia pompa, y con honores y oro,  
Que así la ciencia me enviará su tropa,  
Que los reyes desprecian en Europa.  
Nos guarda allá el Atlántico sonoro  
Los altos Andes luego hácia el Oriente,  
Muros que el cielo tocan con su frente  
Y arrulla la tormenta en ronco coro;  
Besa acá y guarda el suelo colombiano  
El inmenso Pacífico Océano.  
Mira esta curva costa granadina,  
Do innumerables puertos dan abrigo  
Seguro y eficaz, al barco amigo;  
Y donde, superiores á la encina,  
Arboles gigantes, seculares,  
¡Nos brindan el dominio de los mares!  
Maracaibo está aquí: su lago claro  
Tras del puerto magnífico se extiende,  
Do la natura por la noche enciende  
Relampagueante, misterioso faro,  
Y al timonel, que el mar apesadumbra  
El rumbo enseña y su carrera alumbraba.  
Acá como una serpiente enorme gira,  
De verdes selvas entre extensas zonas;  
Manso, tranquilo y hondo el Amazonas:  
De su masa espantado se retira  
Atlante, y lejos va á ocultar la frente  
Huyendo del poder de su corriente;  
Y el Casiquiare, en gigantesca vuelta,  
Del Orinoco al Marañón entrando,  
Tres colosales rios enlazando,  
Deja la fértil y espaciosa delta  
En que el cedro aromático se inclina  
Sobre la onda tersa y cristalina;  
Aquí, en Granada, el hábito guerrero,  
Aquí la planta atlética, enseñada  
A correr, por la selva enmarañada,  
Tras de ágil pardo ó tapiro ligero;  
Aquí el pecho esforzado, la pujanza  
Que al oso vence y á la cierva alcanza;  
De aquí parten los rios principales  
Que yendo á Oriente la ancha tierra lavan,  
Cuyos lechos se surcan y se traban  
En hondos y benéficos canales,  
Que serán, en los tiempos venideros,  
De poder los fecundos semilleros....  
Repara! aunque la América recuesta  
Sus sierras y sus montes al ocaso,  
Y sus rios mayores buscan paso  
Al mar, que brama en la ribera opuesta,  
Esta es la sola tierra conocida  
Que al uno y otro mar les dé salida.  
Busca el Poniente de Izcuané la ría,  
Y riegan del Pacífico las playas  
San Juan, Micaí, el caudaloso Guayas,  
Cajambre, Sáija, Anchicayá, Patia,  
Y otros rios tan nobles como grandes,  
Que todos se desprenden de los Andes:  
Y á flanco oriental la cordillera  
El Cauca brota, el Meta, el Casanare,

Y el Yúpura y el Zulia y el Guaviare,  
Que corren á la atlántica ribera....  
Oh! parece que el Ande me adivina  
Y ante mi voluntad el lomo inclina!  
— Si ante el inca infeliz la cordillera  
Someter pudo la empinada espalda,  
Ante el Genio español la dura falda  
También someterá, cuando se quiera  
Unir con anchas vías militares  
Las corrientes que van á opuestos mares.  
Y cuando llegue el día señalado  
De hacer una nación del continente,  
Poderoso auxiliar en su corriente  
Tendrán el estadista y el soldado;  
Porque este mundo, Walter, le domina  
El primero que tenga una marina.  
Probara acaso estéril nuestro empeño  
De crear y guardar fuerzas navales  
Si al Perú y á sus yermos arenales  
Pidiéramos el cáñamo y el leño:  
Es de puertos escasa, es imperfecta  
La costa al Sur, desabrigada y recta.  
El mismo mar, cuyo cristal suave  
Terzo de nuestra playa se desliza,  
Como avanza hácia el Sur sus ondas riza,  
Va hasta en los puertos á asaltar la nave,  
Y hierve hinchado, furioso, iracundo,  
Al tocar con los términos del mundo.  
Todo es propicio aquí: las ensenadas,  
Las islas protectoras y bahías,  
Los esteros innúmeros, las rías,  
Brindan seguro asilo á las armadas,  
Que esperan de las selvas su sustento,  
Y su fácil y rápido incremento.  
Sureste el Paraná la tierra baña  
Y á la verde campiña da la vida,  
Do el avestruz indígena se anida,  
Y el lujo del corcel de nuestra España,  
Entorno unido á la yeguada inmensa,  
Burla del tigre la sagaz ofensa.  
En aquel vasto llano trasandino  
Ya hay florecientes pueblos, ricas gentes,  
Pidiendo á sus pacíficas corrientes  
Para sus frutos tráfico y camino;  
Pero entretanto que el Norte brego  
Perturbar no pretendo su sosiego.  
La noticia de triunfos oportuna  
Esparcida con tino por el llano,  
El dominio eficaz del Océano  
Mucho harán: dejo el resto á la fortuna.  
La opuesta costa toda subyugada  
Será por mí, y el reino de Granada.

En el mar que otros temen, mar potente  
Que abarca el orbe con su abrazo estrecho,  
Tendiendo el hondo y ondulante lecho,  
De Norte á Sur, y de Poniente á Oriente;  
En ese mar, oh Walter! y en su giro  
La cadena de union del mundo miro,  
El que domine el piélago profundo,  
Y en su furor se exaltie y se divierta;  
El que poblando su extension desierta,  
Se adueñe de ese vínculo del mundo,  
Ese, por las torrentes arrullado,  
Tendrá en su diestra el orbe encadenado.  
Y no será europeo, que sus reyes  
Son muchos, fuertes son sus discusiones;  
Se espian, se aborrecen las naciones;  
Tienen distintos usos, varias leyes,  
Y la unidad de acción y pensamiento  
Es basa del poder y su elemento.  
Si la parte mejor del continente  
Logramos ocupar, no temeremos  
Enemigo ninguno: no tendríamos  
Credo, ni ley, ni lengua indiferente,  
Y fuertes en la union, del mundo aislados,  
Tendrán paz y poder nuestros Estados.  
Alega el rey de España sus derechos  
A este nuevo y magnífico hemisferio!  
¿Qué derecho tiene él sobre un imperio  
Que han conquistado nuestros altos hechos?  
Colon le halló, y á su hijo el grande hombre  
Solo legó sus grillos y su nombre.  
Cual pordiosero vil, Colon pedía,  
Arrastrando su genio al pié del trono,  
De los monarcas, con humilde tono,  
Que aceptasen un mundo que tenia,  
Pero ellos, con desprecio soberano,  
Decían á Colon: — « Perdona hermano! »  
Al fin aquel intrépido marino,  
Pesar sintiendo en su cerebro el mundo,  
Se abrió por entre el piélago profundo  
A su creación fantástica el camino;  
La halló; — y mi padre, de Colon amigo,  
Le vió morir la muerte del mendigo!  
Sin embargo mi padre generoso  
Volvió á verter su sangre en esta tierra:  
Por el rey, para el rey hizo la guerra:  
Sacrificó familia, hogar, reposo,  
— Todo para ser muerto oscuramente  
Ay! y dejar la infamia en nuestra frente.  
Sus canas, sus servicios, no pudieron  
Redimir el honor del buen anciano:  
Así nos paga el español tirano!  
Ese fué el premio que las leyes dieron—  
Grillos para Colon, para mi padre  
Infamia, y horfandad para mi madre...  
Ah! mas la mancha que dejó en mi frente

De un déspota cobarde el anatema,  
La cubriré con la imperial diadema,  
Y nadie la verá, si alguien la sienta!...  
Padre! tengo tu espada! Tu apellido  
Será y tu honor, con sangre redimido!  
Sí; yo te vengaré!... Walter! espero  
Que tú, cual siempre, indulgente, astuto,  
Cojas también de mi victoria el fruto,  
Prestándome tus luces y tu acero.  
Ayúdame á vencer, y el mar profundo  
Te tendrá por señor -- de árbitro el mundo.

WALTER.

Te felicito Alvar: has sido franco;  
Y no te pese, que la artera maña  
No puede alucinarme, ni me engaña.  
Al decir la verdad, diste en el blanco;  
Y pues la has dicho sin disfraz, y entera,  
Mi respuesta también será sincera.  
¿Qué somos?—Dos bandidos—No te asombres!  
Llevamos nuestros rótulos escritos  
Sobre la frente: infames y proscritos,  
El pirata, el traidor, son nuestros nombres.  
Mas de la empresa, el éxito sublime  
Borrar puede el baldon que nos oprime.  
Yo que á la humanidad juré la guerra;  
Yo del mundo en justicia aborrecido;  
Yo que ando disfrazado, perseguido,  
Yo contemplo con júbilo la puerta  
Por tu ambición á mi ambición abierta.  
Ofrecerte morir vano sería:  
Bien sabes tú, que mi existencia amarga  
Es una grave, insoportable carga,  
Que al infierno con dote ofrecería:  
Juégola con desden, ora en las olas,  
Ora contra las armas españolas.  
Esos que entre oro y púrpura se mecen:  
Esos cuyo instrumento infame he sido,  
Esos reyes, Alvar, que yo he servido,  
Y no saben cumplir ni lo que ofrecen;  
Esos que me buscaron por discreto,  
Matándome, matarán su secreto.  
Yo desconfío de ellos. En el mundo  
Estoy cual el ave que extraviada y sola,  
No ve otra cosa que la herviente ola  
De un mar sin horizontes é iracundo...  
Así estoy... ah! mi situación me espanta!  
Huye entera la tierra de mi planta!  
Soy tuyo Alvar; soy tuyo! y á tu lado,  
Léjos de toda inspiración perversa,  
De tu fortuna, próspera ó adversa  
Me convierto en partícipe y aliado.  
Oro tengo y nobleza... compraría...  
Quiero gloria, poder y nombradía:  
Quiero que una mujer á quien adoro,  
De mi desgracia heróica compañera,  
Sea de mis hazañas la heredera,  
Y que, de hijos y nietos el tesoro,  
En sucesión perpetua, mi alto nombre,  
A los pueblos conmueva y los asombre.  
De todo soy capaz: sé tú primero.  
Que nadie sino yo será segundo.  
Yo en el mar, tú en la tierra! Verá el mundo  
Si puedo ser tu digno compañero.  
Arregla tú la tierra, que yo solo  
Me basto para el mar de polo á polo.  
Ora mándame Alvar; ordéname algo  
Extraordinario—y peligroso—y grande—  
Quiero que un imposible se me mande  
Para que tú conozcas lo que valgo,  
Y sepas que no hay riesgo, empresa ó lance,  
Que á detener mi atrevimiento alcance.

ALVARO.

Voy á explicarte...

WALTER.

Explicación no cabe  
Del superior al inferior: disuena  
Esa frase en tu labio: impera, ordena:  
Tu situación, mi situación es grave;  
Ya que uno mande la victoria espera,  
Que el resto calle, y obedezca, y muera.

ALVARO.

Con esa decisión, y esa doctrina  
Por pocos y valientes profesada,  
Cediera el universo ante mi espada  
Y ante su irresistible disciplina.  
Te reconozco heróico compañero,  
Segundo en mando, y en virtud primero.  
Te voy á complacer; mas parte ahora,  
De misionero el venerable traje  
Cambia por aquel hábito salvaje...  
Oye! mañana, al despuntar la aurora  
Debo tenerte preso, encadenado.  
Y á suplicio infamemente condenado.  
La turba imbécil rogará entretanto  
Por tí, inocente, mártir, prisionero;  
Y luego penetrando al campo ibero  
Con el prestigio y el poder de santo,  
Víctima amada—tenderás el lazo;  
Guerrero fuerte—vencerá tu brazo,  
Confiada á tu lealtad mi estrategia,

Prepárate á vencer Walter: y sabe  
Que del humano corazón la llave  
Es de oro;—y que yo tengo por sistema  
Comprar ó destruir á mi enemigo.  
Así ó deja de obrar, ó obra conmigo.  
Pero el oro no basta: que el acero  
La confusión, el fuego, la sorpresa  
De un ataque imprevisto en esta empresa  
Me den un triunfo inevitable, quiero.  
Tendrás valor?

WALTER.

Le tengo, castellano,  
Venza ó perezca en el combate, gano.

ALVARO.

¿Puedo confiar en que el metal impuro  
Corra, y de la traición niegue el veneno?

WALTER.

Lo juro.—

ALVARO.

Incendiarás, si te lo ordeno,  
El almacén de pólvora?

WALTER.

Lo juro.

ALVARO.

¿Harás que Rila se retire, y luego  
Suspenda, ataque, al divisar el fuego?

WALTER.

También lo juro, Alvar; y ante mi saña  
Servida por mi brazo en ese día,  
Cederá la vil turba en su agonía,  
Como cede la espiga á la guadaña  
Del segador. Atiende mi promesa:  
*Te daré la ciudad vuelta pabesa.*  
Si no lo hiciera Alvar, puedes buscarme  
Do haya mayor estrago, muerto al lado  
Del mas valiente y en su sangre ahogado.  
Júrame tú que irás á rescatarme,  
Y que del Cauca en la corriente pura  
Me darás una digna sepultura.  
Yo le tengo un horror supersticioso  
Del polvo vil al ávido gusano.  
Légo mi cuerpo al mar; que al Océano  
Le lleve aquel torrente poderoso;  
Que las ondas, objeto de mi culto,  
Mis átomos reciban en tumulto!  
No exijo mas: este es mi testamento.  
Quede á la muerte la elección del día  
Siempre que sea corta mi agonía.  
Mi cuerpo! Alvar ¿con tu palabra cuento?

ALVARO.

Tu cuerpo! y qué! de perecer se trata?

WALTER.

Eso no es contestar. Dí ¿quién rescata  
El cadáver de Walter, que á la muerte  
Se va á presentar ó á la victoria;  
A quien infamia eterna ó alta gloria  
Puede igualmente deparar la suerte?  
Es posible morir; vencer espero:  
Dí ¿mi cadáver salvarás si muero?  
Sí ó no?—

ALVARO.

Y qué importa, compañero mio,  
Del barro vil la degradada escoria?—

WALTER.

Alvaro! escucha y calla! hay una historia  
Que revelará mi cadáver frío:  
Una familia, un nombre que reclama  
De mí, que salve, aun al morir, su fama.  
Si triunfamos, mis hechos redentores  
Digno me harán del inclito apellido;  
Mas ¡ay! si fuere por mi mal vencido,  
Quiero dejar en paz á mis mayores,  
Ya que el éxito solo hace propicia  
Eso que el hombre llama su justicia...  
Hay en mi cuerpo sendas inscripciones: —  
Motes, armas... ¡juguetes de marinos!  
Que revelan mi nombre, mi destino—  
Mis abuelos, mis padres, sus blasones;  
Y á Satan doy el alma; pero al hombre  
Ni confío mi cuerpo ni mi nombre.  
Si quieres de mi brazo estar seguro  
Presta Alvar, el solemne juramento.  
O juras rescatarme, ó no consiento  
En vencer ni en morir.—

ALVARO.

Pues sí lo juro:  
Por las cenizas de mi padre, ofrezco,  
Que rescato tu cuerpo ó que perezco.

WALTER.

Todo está hecho.

ALVARO.

Al despuntar la aurora  
Estarás preso: parte sin demora:  
Urge el tiempo: mañana en la ribera  
Del Cauca, vaga errante y conturbado,  
Como quien busca titubeando el nado.

WALTER.

Hasta mañana al alba...

ALVARO.

Pero espera!  
Lleva este anillo: es prenda de respeto!

WALTER.

Mi solo talisman es el secreto.

Además de este poema y de las composiciones arriba copiadas, Arboleda tiene un número considerable de poesías fugitivas, casi todas inéditas, pero todas dignas de campear al lado de las bellas octavas—TE QUIERO—ME AUSENTO. Tiene también algunos romances y leyendas, como el CASIMIRO EL MONTAÑÉS, llenos de chispa y de interés.

Quejábase Montesquieu, y después de él varios se han compadecido del estado de la crítica, que unas veces ensalza sin medida, y otras deprime hasta el exceso. Nosotros trabajamos, en cuanto podemos, de evitar estos dos escollos; y al leer las producciones de Arboleda, tanto en prosa como en verso, no se nos dirá que elogiamos sin fundamento, ni habrá justo motivo para deplorar con Montesquieu la *decadencia de la admiración*.

Como poeta, como político, como orador, como guerrero, y mas que todo como hombre de corazón y honor, Arboleda merece las mas justas alabanzas. Nosotros elogiamos el mérito donde quiera que lo vemos, sin tener en cuenta quien es el que lo posee. Elogiamos á nuestros enemigos, ¿porqué se nos habría de privar que ensalce-mos á nuestros amigos? De Julio Arboleda se puede decir lo que se ha dicho del Dante: — «Es un hombre completo, á la manera de los escritores de la antigüedad: en una mano tiene la espada, en otra la pluma; es político, diplomático, gran poeta. Nada le ha faltado: ni las lágrimas, ni el hambre, ni el destierro, ni el amor, ni los triunfos y la gloria, — ni aun ciertas debilidades.»

No será este el último poeta de la Nueva Granada, que figurará en nuestros esbozos biográficos; no: el genio abunda en nuestra amada patria, y, si el tiempo nos lo permite, tendremos ocasión de presentar á nuestros lectores otros personajes dignos de ponerse al lado de Caro y de Arboleda.

J. M. TORRES CAICEDO.

Paris, 1856.

### El céfiro y una flor.

Era una flor: dulcísimo tesoro  
De cándida hermosura:  
Sus hojas blancas, su botón de oro,  
Su tallo dócil y su esencia pura.  
Era la flor mas bella  
Que nace con el día.  
El céfiro volando en torno de ella,  
Murmuraba y decía:  
— «Preciada estás, oh flor, de ser hermosa,  
Y tu altivez por eso  
Esquiva desdeñosa  
El tierno cáliz á mi dulce beso.  
¡Tu orgullo es necio, tu altivez es vana!  
Si del alba naciste,  
Yo nací del amor de la mañana.  
Eres hermosa, pero vives triste,  
Hoy vengo todo de perfumes lleno,  
Y entre todas te elijo;  
Tus hojas abre y dormiré en tu seno.»

Le oyó la flor, y suspiró, y le dijo:  
— «Preciado está el sultan de su grandeza.  
¡Qué flor esquivaría  
El tesoro feliz de su riqueza...!  
Dame pues tu armonía,  
Tus suspiros suaves;  
Pero tu beso... no... me desharía.»  
— «¡Solo suspiros quieres!  
¿Acaso tú no sabes  
Que yo traigo en mis alas los placeres?  
Los besos son mis esquisitos dones,  
Que yo soy el amor.» — Y en vuelo blando  
Casi á besarla alcanza.  
Trémula y suspirando,  
— «Ay... que mis hojas son las ilusiones,  
La flor le contestó: soy la esperanza.»

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

## LA PERSIA.

Sin embargo de que hemos publicado ya varios artículos sobre la Persia (véanse especialmente nuestros números 40 y 41), hoy que la Inglaterra se prepara á romper las hostilidades con ese pueblo y dispone un ejército expedicionario que saldrá con la flota de Bombay, la mas considerable, segun dicen, que haya salido jamás de las riberas de la India, con direccion al golfo Pérsico, creemos que nuestros lectores verán con interés un trabajo un tanto detenido, y acompañado de los dibujos correspondientes, sobre la Persia, país que tan poco se conoce en el mundo.

Como introduccion á esta tarea en la cual hemos aprovechado distintos elementos para hacer mas variado su contenido, vamos á estampar aquí las nociones históricas sobre ese pueblo que la brillante pluma de M. de Lamartine ha trazado en su tomo III de la *Historia de la Turquía*.

« La Persia, dice el ilustre publicista, es un pueblo primitivo, nacido de sí mismo en la cuna tenebrosa de las edades anti-históricas. A su primera aparicion en la fábula ó en la historia, los persas se presentan ya con ese carácter de alta civilizacion de madurez y casi de decadencia política, moral y literaria que indica la extremada vejez de las naciones. Se les podría llamar los griegos y los italianos del Oriente. Todo data de ellos y ellos no datan de nadie. La naturaleza tanto como la civilizacion, les ha dotado de una incontestable superioridad de inteligencia y de sociabilidad sobre las razas que les disputan la alta y la baja Asia; tan heroicos como los tártaros, tan filósofos, tan religiosos como los árabes, tan industriosos como los chinos, tan conquistadores como los turcos, tienen de mas que cada una de estas naciones con que confinan esa flexibilidad de inteligencia, esa elegancia de costumbres, de trabajo, de industria, de política, de artes, de letras, de poesía,

de filosofía y de religion que hacen de la Persia uno de los focos mas luminosos del entendimiento humano. Puede decirse tambien que tienen los vicios de su superioridad, como el desden por las razas que no deben tantos dotes como ellos á la naturaleza, la inestabilidad de sus instituciones, la facilidad en cambiar, la prontitud para sublevarse, la inconstancia en los juramentos, la finura de su diplomacia que llega hasta la astucia, la hipocresia que les hace tomar ó dejar todos los papeles, segun sus intereses y no segun sus convicciones, la sumision en la tiranía, la insolencia en la libertad, el valor improvisado, el desaliento por cansancio, la adula-

taria y de la China, el golfo Pérsico que los separa de las Indias, el mar Caspio que los separa de los escitas ó moscovitas, el mar Negro que los separa de los rusos, y el gran desierto de Bagdad que los separa de la Arabia y de la Turquía. Su territorio es ligero pero fértil, su cielo puro y su clima sano. Su raza es hermosa, alta, vigorosa, diestra para domar el caballo y consumada en el manejo de las armas. Los parthos les dejaron sus tradiciones ecuestres el arco y la flecha que disparan huyendo. Segun los lugares y las tribus participan de todos los modos de vivir de los pueblos de Oriente; errantes aquí, mas allá sedentarios, pasean sus tiendas detrás de sus ganados de pradera en pradera por las provincias cercanas á la Armenia; labradores en las llanuras de Schiras, de Tauriz y de Ispahan, artesanos en las grandes poblaciones, cortesanos en su capital, guerreros en sus campos, traficantes en sus bazares, voluptuosos en sus harems, poetas y filósofos en la holganza, extremados en todo, en lo bueno como en lo malo, la imaginacion es su atributo dominante. Su imaginacion ilumina la virtud, la gloria, la pasion, el amor, la ambicion y el crimen con tan vivos colores, que les presta á la vez el omnipotente delirio del entusiasmo y la movilidad de la circunstancia; pueblo que todo lo alcanzaria si pudiera desear una sola cosa durante



Un café en Teheran.

cion, ese abuso de la cortesía, la fé poco segura, ese desfallecimiento de carácter tan esencial para el hombre honrado, la verdad; en una palabra, todo lo que constituye á la vez en las costumbres de un pueblo la nobleza de la naturaleza y la decadencia de la corrupcion. - Tal era y es en el dia el genio del pueblo persa.

» Los persas ocupan desde los tiempos primitivos el vasto espacio cercado casi por todas partes y cubierto de montañas entre el rio Oxo que los separa de la Tar-

mucho tiempo. Su historia presenta el mismo carácter que su genio; se parece á las fábulas árabes contadas por sus poetas bajo sus tiendas; está mas llena de vicisitudes y peripecias de la fortuna que cualquiera otra historia de las demás naciones. Todo en ella es extraño, maravilloso, rápido, fugitivo como las sombras á la falda de las montañas. Sus capitales se elevan y desaparecen en el desierto como apariciones fantásticas, sus dinastías se establecen, se hunden, se reemplazan, se suceden con la inestabilidad de las olas. Los persas conquistan y son



Una puerta de la ciudad de Tabris.



conquistados siete veces en dos siglos; el ojo apenas puede seguir el torrente tumultuoso de su destino. Los acontecimientos de que esa historia se compone, parecen mas bien los elementos de un poema ó de una novela que el curso lento y regular de las cosas humanas; al pasar por los ojos de un historiador le dejan poseído de un vértigo.

» Gustap que piensan podia ser Dario Iº, uno de los grandes conquistadores de sus anales, desterrado por su padre, rey de una provincia de Persia, se refugió segun una antigua leyenda, bajo el traje de un simple guerrero y con un nombre desconocido en la corte del Oeste ó de Constantinopla. El emperador cuando mandó á su hija Katyun que eligiera un esposo á su gusto, hizo pasar bajo los balcones del palacio á los jóvenes nobles del imperio. Gustap llama la atencion de Katyun por la belleza marcial de este príncipe persa, y el emperador irritado con la preferencia mostrada hacia un extranjero oscuro, para castigar á su hija da su mano á Gustap y la abandona á la oscuridad y á la indigencia de aquel enlace. Gustap se lleva á su mujer á Persia, logra que le reconozcan sus partidarios y levanta un ejército para reconquistar su derecho á la herencia paterna contra sus hermanos, mas en el momento de combatir, sus hermanos, por respeto á su derecho de primogenitura, le rinden las armas y le coronan en su campamento. Su padre abdica en su favor y se retira á la soledad para santificarse en ella. Gustap reina, combate, conquista toda la Persia bajo un solo cetro y convida al emperador del Oeste á que pase á visitar su imperio. El emperador reconoce en Gustap al extranjero que despreció y á su hija en la reina de doce reinos. Este soberano fué quien adoptó y quien hizo adoptar á sus súbditos el culto del fuego ó la religion de Zoroastro.

» Hasta entónces la religion parece derivada entre idólatra y simbólica, de las misteriosas regiones de la

India, fuente infinita de las primeras creencias humanas, de la que corrió primitivamente la adoracion mas pura para los sabios, y de donde corrieron despues los símbolos divinizados por el vulgo, en idolatría para el pueblo.—La religion primitiva de la Persia, dice uno de sus historiadores mas versados en su antigüedad, era la creencia en un Sér supremo que creó los mundos por su poder y que los gobierna por su providencia; un te-

do divino de las doctrinas de la India despojadas de su refinamiento metafísicos ó de sus supersticiones populares.

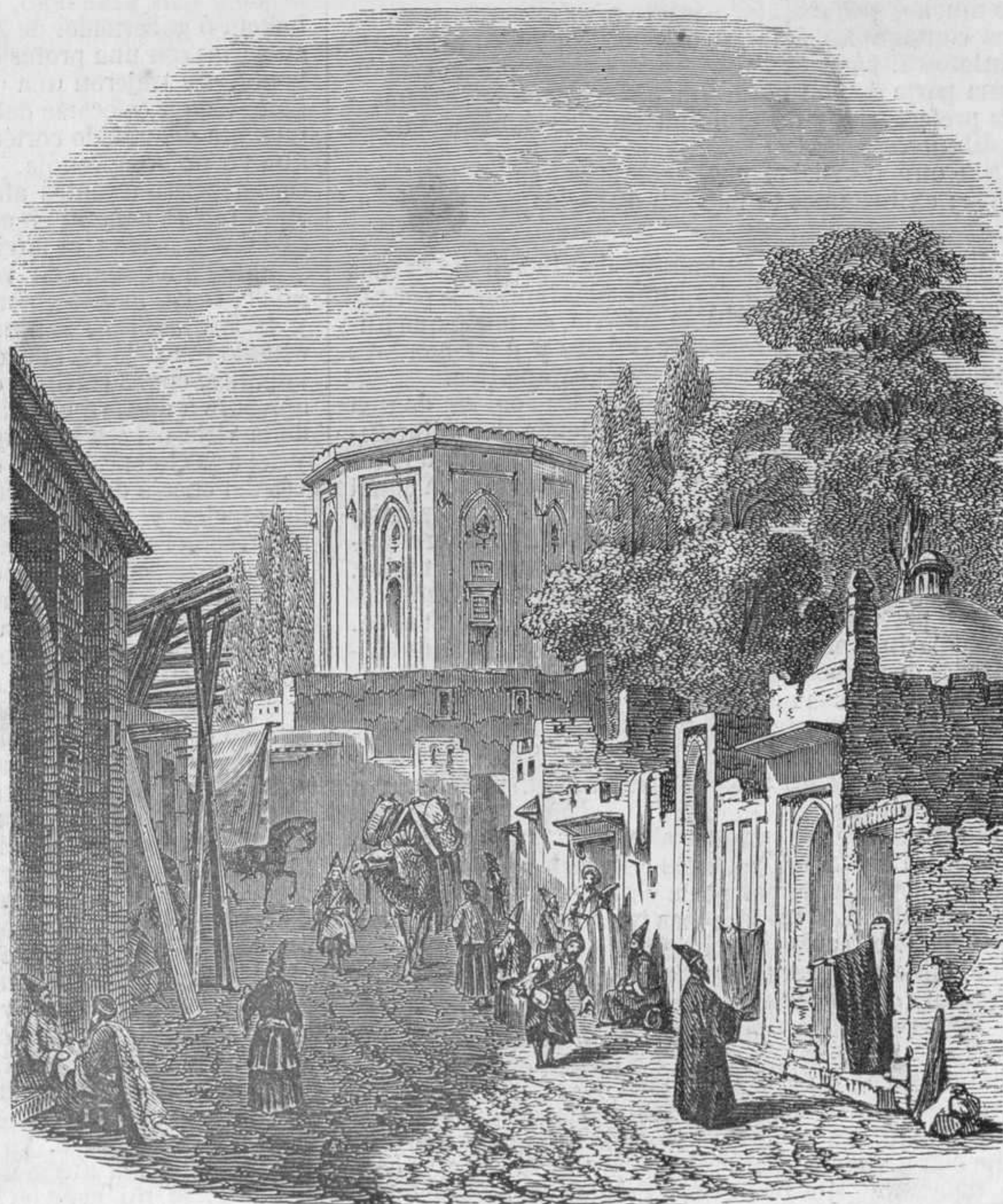
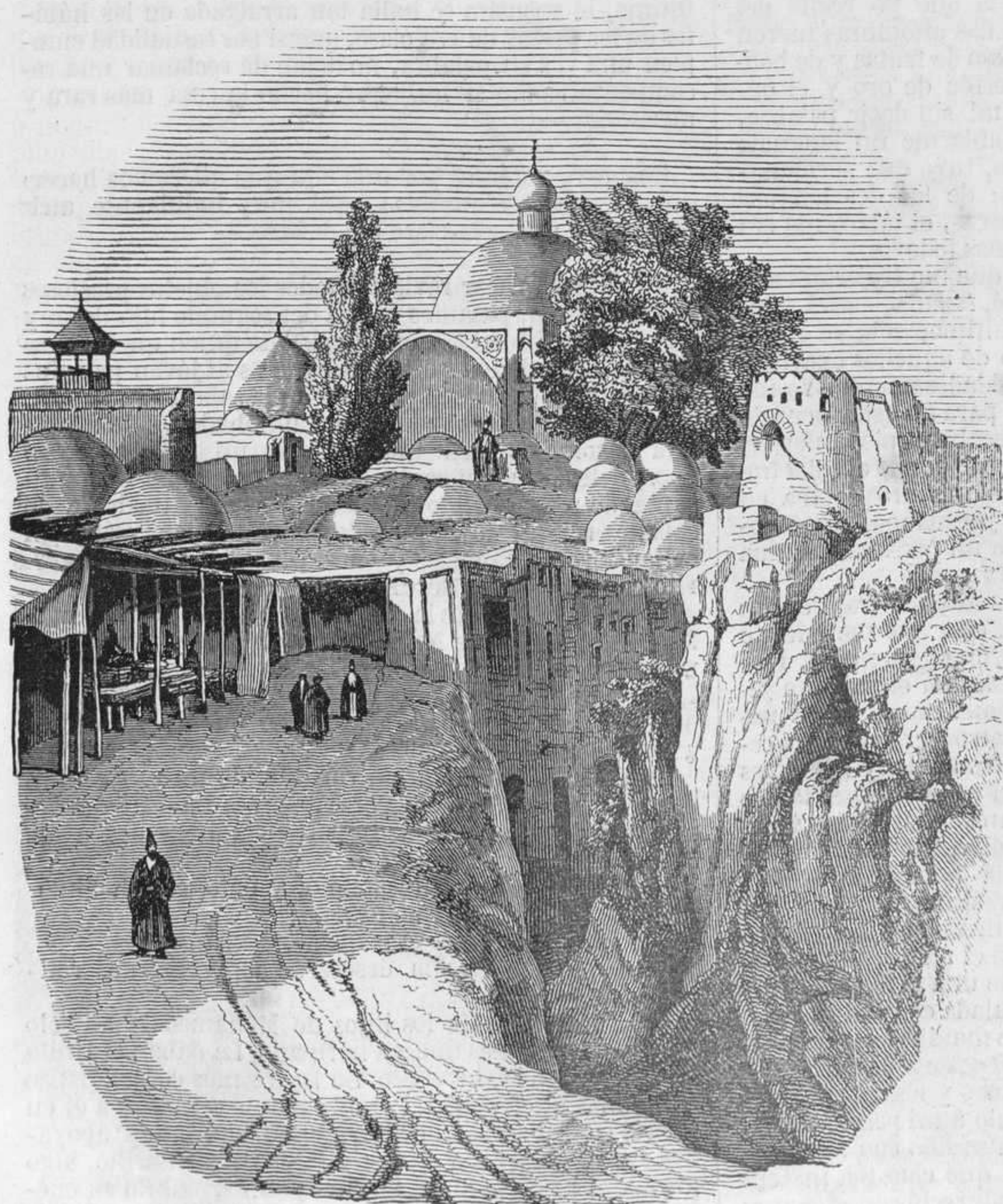
» Pero esas doctrinas alteradas en la Persia lo mismo que en la India por las supersticiones y las creencias populares se habian convertido en idolatrías. Zoroastro, especie de Mahoma persa, nacido bajo el reinado de Gustap, intentó reformar esa religion corrompida, no despojándola de todo símbolo, cosa muy ardua para la naturaleza de aquel pueblo, sino concentrándola en la adoracion del Criador único bajo el culto de los elementos creados y gobernados por él. A la sombra de estos elementos y sobre ellos, Zoroastro adoraba y hacia adorar á su divino autor. Entre estos elementos eligió aquel cuyo brillo, poder, movimiento, llama y multiplicidad esparcidos en el firmamento bajo la apariencia de los astros del dia y de la noche, debia parecer á los ojos de los hombres mas lleno de divinidad el fuego; por esto instituyó el culto del fuego como símbolo y no como Dios. Pero puede decirse que Zoroastro con esta concesion á los hábitos de los persas no atreviéndose á elevarlos de repente á la adoracion de Dios, no hizo mas que cambiar la idolatría de sus sectarios; pues á pesar de la trascendencia de su religion, los pueblos tomaron el símbolo por el Dios y se alejaron mas y mas de la pura adoracion de sus abuelos. Así probó Zoroastro una vez mas que no se debe unir la verdad con el error para comunicársela á los hombres porque los hombres de poca fé é inteligencia toman el error que les conceden y dejan la verdad que les imponen.

» Zoroastro, hijo de un noble persa, llamado Porochasp, ilustre ya por su sabiduria, se alimentó, dicen las tradiciones de la Persia, con la leche de una vaca que no comia mas que las hojas de un árbol llamado el árbol de la inteligencia del bien y del mal, y de este modo no se destruyó ninguna vida, ni aun del reino vegetal para darle la existencia. Al nacer se sonrió como



El hijo del Shah de Persia dejándose retratar.

mor respetuoso de ese Dios mezclado de amor y de adoracion; un respeto piadoso por los padres y los ancianos; una caridad fraternal por el género humano, y una compasion tierna por los animales, parte animada, doliente y de un parentesco con el hombre en la creacion; hasta reconocian una vida y una inteligencia en los vegetales, respetables en un grado inferior. Es el fon-



Calles de Teheran.

un heraldo que venia á traer un mensaje de ventura al universo, y su cuerpo esparcía tanta luz que se alumbró todo el cuarto en que su madre le dió al mundo. Plinio cuenta á los romanos esta tradicion del nacimiento y la pureza del profeta persa.

» Joven aun se retiró á las montañas de Alburz para meditar allí su doctrina; la gruta que habitaba tenia esculpidas en sus paredes figuras místicas de los elementos, de las estaciones y de los astros; de allí salió con el fuego celestial en la mano... La noche era el símbolo del mal y la luz era el símbolo de Dios. Los preceptos religiosos del profeta mezclados con preceptos morales y políticos, son órdenes, dice Zoroastro, que el espíritu de Dios le comunica bajo la forma lírica del apóstrofe, de la interrogacion, de la parábola.

» No dejes que se apague el fuego, dice el ángel. El fuego es de Dios y hay algo mas hermoso que este elemento? Solo pide maderas y perfumes. Te confio; ó Zoroastro! la tierra para que la cultives á fin de que el trabajo la haga fecunda. Te confio el agua que corre, el agua que duerme, el agua de los rios, el agua de las nieves que baja de muy lejos por las montañas, el agua de las fuentes; enseña á los hombres que el agua vivifica todas las cosas, que todo lo hace verde y fructífero; respétala. — Prohíbe á los hombres; ó Zoroastro! que destruyan ó arranquen antes de tiempo las plantas ó los frutos de la tierra, pues han sido creados para el alimento y la satisfaccion de las necesidades de los hombres y de los animales.

» Zoroastro dejó un libro, el *Zend-Avesta*, Coran de sus sectarios, é instituyó sacerdotes para leerle y comentarle delante del pueblo mientras vigilaran para que no se apagase nunca el fuego sagrado. Esta puerilidad llegó á ser el fondo de su culto. Verdad y moral viciadas por una mentira acordada al pueblo. Gustap la adoptó mandando que la adoptara la nacion y subsistió hasta que la religion de Mahoma se introdujo en la Persia. »

Hace algunos años la Academia de Inscripciones y la de Bellas-Artes de Paris, teniendo noticia de que el gobierno francés enviaba una embajada á Persia, pidieron que se unieran á la mision dos personas que ellas designarian y que saldrían con las instrucciones convenientes. Acordada la peticion, dos artistas indicados por el Instituto, M. Eugenio Flandin y M. Pascual Coste, fueron encargados de recorrer la Persia para recoger en su territorio todos los documentos que dieran alguna luz sobre las artes y la civilizacion de ese país en los tiempos antiguos y modernos.

Con este objeto así determinado y tan interesante, los dos artistas-viajeros debieron naturalmente explorar la Persia en todos sentidos y entregarse á investigaciones minuciosas que no pueden esperarse de un simple aficionado que viaja por su gusto, y del modo que lo entiende. Los artistas emplearon, pues, dos años y medio en correr del Oeste al Este y del Mediodía al Norte, deteniéndose en todos aquellos sitios donde se prometían copiar una inscripcion, un detalle de arquitectura ó de escultura. El resultado de estas inscripciones que solo pudieron hacerse á costa de muchas fatigas y aun de muchos peligros, formará tres volúmenes en folio, dos consagrados á la parte científica y otro á la parte pintoresca. Las cien láminas de que se compone esta última parte debían naturalmente recomendarse á nuestra preferencia, y de aquí tomamos las siguientes notas y dibujos.

Sin otra transicion entramos pues, en el territorio persa; extractamos la relacion de los viajeros:

Miana, á pesar de su nombre de ciudad, no es mas que un conjunto de chozas inmundas habitadas por algunos mendigos en la última miseria, de modo que hubieron de levantar á nuestros viajeros y á los hombres que los acompañaban, unas tiendas campestres.

Apénas instalados, dicen, oímos los sonidos de una música salvaje que llegaban de la tienda del mihmander (oficial encargado de escoltar á los viajeros y de procurarles lo que necesitan) y nos dirigimos hácia aquel lado. Yahia-Khan (ese era su nombre) antiguo caballero de Abbas-Mirza, ya difunto, y su hijo Farrough-Khan, sentados con sus túnicas de gala de cachemira, contemplaban gravemente un baile muy extraño acompañado por una música tan lúgubre como desentonada. Los bailarines eran dos niños de doce á trece años disfrazados de mujeres, con faldas de mucho vuelo y el cabello largo. En sus manos tenían unas castañuelas de cobre que tocaban con una rapidez increíble. Algunos farolillos de papel colgados de los árboles ó que tenían en la mano los criados alumbraban mezquinamente esta escena nocturna.

El mihmander se levantó al vernos y nos ofreció un asiento. El baile un instante interrumpido, continuó con grandes saludos por parte de los jóvenes bailarines. Tomando despues un aire mas inspirado, se pusieron á dar vueltas al ruido de una música alternativamente lamentable y desgarradora, inclinando la cabeza hácia atrás para que flotaran sus cabellos, y elevando sus brazos en el aire para lucir los contornos de su cuerpo, bajándose á veces para que sus castañuelas resonaran cerca del suelo y otras acercándolas á sus oídos como si quisieran escuchar sus sonidos atentamente. Por momentos aquellos desgraciados niños acompañaban su baile con un canto quejumbroso y monotonó, y luego de repente y sin transicion brincaban moviendo la cabeza como con rabia y lanzaban gritos agudos; sus

de energía. El amor y el dolor tal me pareció ser el te-largos cabellos y sus faldas volaban en desorden, en tanto que los sonidos de los instrumentos redoblaban ma elegido por aquellos bailarines al aire libre. Todos los persas y el mihmandar tambien, hombre por lo comun alegre y petulante, contemplaban con un aire recogido y profundamente meditabundo aquel espectáculo singular y casi repugnante.

No pudiendo resistir largo tiempo al mal efecto que producía en nosotros aquella escena, y juzgando además que no debíamos permanecer en medio de aquella especie de orgía bárbara, nos retiramos directamente á nuestras tiendas para acostarnos; pero los sonidos discordantes de la música persa, las castañuelas de cobre y el canto lastimero de los niños que parecia lloraban sobre su suerte, nos mantuvieron largo tiempo en un estado de vaga melancolía.

En aquella triste noche, sin poder reconciliar el sueño, la Persia se presentaba á mi imaginacion como es en realidad y no como me la habia figurado en la infancia. Todas mis brillantes ficciones habian desaparecido y aquellos cantos lamentables que me perseguían resonaban para mí como los gritos de dolor de aquel país consagrado á la desgracia.—

Despues de haber atravesado el Caflancou, cordillera de montañas que termina el Aderbaidjan, y de haber entrado en el Irac (en persa Aragh) provincia mas estéril aun que la que acababa de atravesar, el autor sufriendo toda clase de incomodidades llega á Zendjan.—

Zendjan es un pueblecillo de aspecto sucio como todos los que habia visto ya; sin embargo, me pareció bastante floreciente. Recorrí primeramente á caballo una parte del bazar; luego me hicieron visitar las ruinas de un antiguo palacio pasando por diferentes puertas que cada vez eran mas estrechas y mas bajas.

Por fin debí apearne para no romperme la cabeza, y me hicieron atravesar un jardin lleno de criados, donde distinguí algunos edificios dispersados de un modo irregular. El ménos deteriorado de todos ellos, hoy una de las casas del gobernador de Zendjan, habia sido una habitacion regia. Subí por una mala escalera de caracol y con asombro me hallé de repente en un aposento de una magnificencia inaudita.

Es imposible dar una idea ni remota de las formas y los colores que á mi vista se ofrecieron. En torno de esta habitacion se elevaban como unos palcos sostenidos por columnillas de cristales, y en las paredes y en el techo se veían infinitas incrustaciones de espejillos recortados entre dorados resplandecientes, y brillantes pinturas que representaban flores, cacerías, combates y otra porcion de asuntos graciosos.

Un hermoso estanque lleno de agua ocupaba el centro de este elegante edificio cuya forma era octógona, y al rededor se veían como los palcos de un teatro, cuartitos sencillos que los criados ocupaban. Esto era en el piso bajo; pero en el principal todos los cuartos que se distinguían cada uno por una decoracion particular á cual mas elegante, se hallaban separados unos de otros por puertas de espejos y mamparas de paño de oro.

Nunca la hospitalidad se ejerció de un modo mas delicado y mas grandioso, que en la que yo recibí del hakem ó gobernador de Zendjan. Las alfombras fueron cubiertas con una profusion fabulosa de frutas y de bombones. Me trajeron una copa soberbia de oro y el hakem vino á colocarse delante de mí sin decir palabra, pues era demasiado cortés para hablarme un lenguaje que yo no comprendía. En efecto, tuve que permanecer silencioso á tantas atenciones; de las dos lenguas cuyo uso es general en esas comarcas, el tártaro me era casi desconocido y el farsi lo era mas todavía.

El hakem mandó en voz baja que me trajeran café, *pilau*, *tscha*, lo que quiere decir té, *tschuwék-murek*, pan, y *toough moough*, gallina. Por último, solo se retiró cuando me dejó instalado en uno de aquellos cuartitos laterales, cuyas cortinas corrió cuidadosamente. Yo me apresuré á descender la colgadura para no estar privado de la vista del estanque que refrescaba el piso inferior, y del aspecto encantador del aposento donde el sol á través del encaje de los vidrios de colores proyectaba en los espejos y en las pinturas los juegos mas caprichosos. Todo el mundo se ocupaba de mi persona con una calma aparente y la mayor reserva.

Además de un almuerzo espléndido me trajeron un *manjal*, brasero, una vela de sebo, cosa que me pareció bien vulgar en aquella morada resplandeciente, y luego los objetos de tocador que se usan en el país, un jabon detestable y henea para teñirme. Luego salí á pasearme por el bazar seguído de cuatro *ferraschs* cuyo celo debí moderar pues sacudían sendos palos y bofetones á los individuos que se hallaban á nuestro paso. Por lo demás, este es el uso en esas comarcas. Pocos dias ántes de nuestra llegada un pobre mendigo fué indignamente maltratado por los *ferraschs* por haberse atrevido á tender la mano á un sugeto de distincion. Separaban de mi camino aun á los ancianos tirándoles de la barba ó aplicándoles fuertes bofetadas en el rostro, pues es de rigor en el país que la presencia de una persona distinguida produzca sancion y sea señalada con esos golpes, que constituyen el único modo de manifestar el respeto que inspira. Si esto sucedía con los desgraciados humanos, no necesito añadir que los asnos y los caballos bastante torpes para servir de obstáculo á mi paseo, fueron golpeados de lo lindo. Yo estaba aturdido con aquel estrépito y aquella lluvia de golpes que causaba inocentemente. Si mi corazon no se endureció con esos usos bárbaros, no fué por falta de sermones por parte de los

antiguos residentes de ese país que me predicaban su necesidad para sostener la *dignidad*, la *importancia* europea. —

De Zendjan á Teheran, objeto de su viaje, el autor encuentra en su camino Cazbine ó Gazbine; pero esta ciudad tan célebre en Persia, y tan estimada por su posicion y extension que se trató de llevar á ella la residencia del gobierno; Gazbine le parece indigna de su fama; solo ve allí una miseria inmunda en un lugar nada pintoresco. Despues de Gazbine visita Soultanieh y sus ruinas, y en fin el 8 de noviembre llega no sin cierta emocion á Teheran. —

Principiábamos apénas, dice, á distinguir las primeras casas por entre los vapores matutinos, cuando vimos venir hácia nosotros un numeroso cortejo escoltando dos magníficos garañones cuyas crines y rabos estaban pintados de color de fuego. Estos nobles animales iban cubiertos con unos arreos resplandecientes de oro y cachemiras. Todavía estábamos bajo el dominio de nuestra sorpresa y nuestra admiracion cuando ya nos habian separado de nuestros caballos y nos hacían montar en aquellos soberbios garañones. Entónces nos dijeron que estos caballos eran un regalo de S. M.

Entretanto nos aturdian los gritos estrepitosos y las felicitaciones de los persas que no cesaban de resonar á nuestro lado. Sorprendidos tambien con tanto ruido nuestros robustos alazanes salieron al galope y nos llevaron hácia el *centro del mundo*, donde hicimos nuestra entrada en medio de un trueno de bombos y al sonido de las trompetas de las tropas regulares del schah...

Apénas hace tres meses que vivo en Teheran y ya estoy horriblemente cansado de esta ciudad y de toda la Persia. La vida es aquí de una monotonía espantosa. Privado de la sociedad de las mujeres, de todas las distracciones de las ciudades de Europa, el extranjero no sabe como emplear las horas.

En el barrio llamado Gazbine-Dervazé mediante 6 *tumanes* diarios (dos pesos y medio) healquilado una de las mas bonitas habitaciones que se pueda hallar en la ciudad. Es verdad que el aire circula en ella con igual libertad que en la calle; pero el clima es tan suave y el tiempo tan hermoso, que apénas se puede contar como un inconveniente esa circunstancia.

La casa se compone de dos pisos con muchas piezas, y cada piso con dos azoteas. Las de arriba dominan la ciudad que á pesar de su aspecto fastidioso, no se halla desprovista de animacion. Dos hileras de ventanas con vidrieras de colores en la parte superior dan luz á la pieza principal cuyas paredes son tan blancas como la nieve. En esta pared hay unos nichos donde he colocado yo dos armaduras persas casi completas que me he podido procurar con mucho trabajo, pues no es posible imaginarse cuantas dificultades entorpecen aquí el negocio mas sencillo. Por la menor cosa piden aquí 100 *tumanes*, como en Rusia 100 rublos. Además la exactitud es una virtud desconocida para los persas, y esto solo bastaria para hacer el país odioso á los forasteros. Cuando se acusa á un tendero de mala fé, responde gravemente que *su nariz se ha quemado de pena*, lo que es sin duda una extraña expresion de arrepentimiento. Por último, la mentira se halla tan arraigada en los hábitos de los persas de esa clase, que si por casualidad cumplen una vez su palabra, no dejan de reclamar una recompensa, como si hubieran hecho la cosa mas rara y meritoria. —

En breve verémos por una cita que queremos hacer, que el autor se muestra aquí muy indulgente atribuyendo á una sola clase ese defecto. —

Despues de pasar revista á todos los objetos preciosos del tesoro real, pasamos á casa del segundo hijo del rey (el primogénito estaba en Fauris), de quien queria despedirse el conde Simonitsch. Hallamos al joven príncipe sentado sobre un gran pañuelo en la sala de audiencia, y recostado en una porcion de almohadones de muselina de color de rosa. Era entónces un niño de cinco años, delicado y enfermizo, de una fisonomía insignificante, de rostro pálido, de rasgos poco acentuados, y de cabellos rojos, esto es pintados de ese color, vestía un caftan forrado de pieles y en la cabeza llevaba un gorrito con un adorno de diamantes.

Nos sentamos sobre la alfombra en frente de él. Mirza-Massud, ministro de Negocios extranjeros y tres funcionarios presentes á la entrevista permanecieron de pié.

El conde Simonitsch, le preguntó:

— *¿Demahi schuma tshög est?* Lo que queria decir: ¿Teneis gorditas las narices?

Esta fórmula original de cortesía, de un uso comun entre la buena sociedad persa, parece indicar que los persas atribuyen mucha importancia higiénica á ese órgano.

El egregio niño no respondió, y entónces M. Simonitsch le preguntó lo que hacia.

— No lo sé, contestó el príncipe.

Viendo que no tenia deseos de conversar nos retiramos.

El primogénito de los hijos de Mohamed-Schah solo tenia tres años mas que su hermano. Le daban el título de *Valiat*, esto es, heredero. Su rostro mas característico acusa mas inteligencia. Cuando me presentaron á él en Tauris estaba sentado en un sillón con los piés apoyados en un banquillo y vestía un *khalat* amarillo, algo grande para él, pero de un dibujo soberbio. En su cuello y en su cabeza brillaban regalos del emperador de Rusia.

A petición de la reina madre tuve el honor de retratarle vestido de gala, y saqué tres copias á la aguada con oro, una para la reina madre, otra para Mohamed-Schah y la otra para mí. A fin de conformarme al gusto de la corte de Persia puse colores muy vivos en el retrato; por mi trabajo me colmaron de atenciones delicadas y aun de regalos generosos.

Pocos días despues de mi llegada á Teheran fui presentado á Hadji-Mirza-Agassi, primer ministro del schah. Introducido por unos corredores estrechos y sombríos con puertecillas bajas, penetré en un aposento muy sencillo donde estaba el ministro. Era este un anciano muy feo pero muy bien vestido con mantos y pañuelos riquísimos. Principió por preguntarme por mis narices, y mientras yo vacilaba todavía sobre la respuesta que debía dar á esta interpelación que me sorprendía siempre, entabló una disertación sobre el modo de fundir los cañones. Este gusto por los cañones es disculpable en el ministro, pues el arsenal de Teheran solo encerraba tres con algunos fusiles rotos. Entónces se ocupaba en hacer fundir muchas bocas de fuego de grueso calibre, y quiere que despues de su muerte le entierren en la fundición.

Teheran, preciso es decirlo, destruyó mis ilusiones y no tardé mucho en sentir el trabajo que me habia costado el llegar al centro del mundo. En suma, deseaba volverme á mi país cuanto antes. El schah tuvo la bondad de decirme que deseaba hiciera un retratito de su augusta persona; y con este fin me llevaron á su palacio situado en la plaza mayor (Meidan). El príncipe estaba sentado en el suelo en el salon de las recepciones privadas. Mirza-Massud, su ministro de Negocios extranjeros, y Mirza-Baba, su médico, estaban en pié á su lado, pues exceptuando los embajadores, nadie tiene derecho de sentarse delante del schah.

Mohamed carece de todo encanto físico; al pronto su persona parece bastante comun, es grueso y sin expresión, pero no se tarda en hallarle muy amable y muy distinguido en sus maneras.

El schah, sin el preámbulo de costumbre sobre la nariz, me preguntó qué es lo que contenía la cartera que yo llevaba.

— Papel blanco, le respondí, sobre el cual desearia trazar las facciones de V. M. si se dignara prestarse á ello.

Me dijo con mucha afabilidad que no tenia inconveniente, y en efecto, me sirvió de modelo durante veinte minutos, con la mayor inteligencia.

Pero ántes de empezar se dignó mandar que me dieran una silla, favor que no quise admitir; doblé mis rodillas, y aproveché la silla para dejar los lápices y un cortaplumas, diciendo humildemente que el honor de sentarme en el suelo en presencia del Kiblei-Alem, el centro del universo, era ya muy grande para mí. Esta frase y todas mis acciones llamaron la atención del rey, que no cesó un instante de hacer mi elogio en turco á las personas que estaban presentes, suponiendo probablemente que yo comprendía un poco lo que decía. — El turco es la lengua de la corte, pues los Cadjars, la dinastía reinante, son de raza turca. — A estos elogios los presentes no cesaban de responder *beli*, sí, haciendo al mismo tiempo saludos profundos. Despues me dijeron que S. M. prodiga las mismas alabanzas á todos los extranjeros á quienes se digna recibir.

El día del bairan que equivale entre los musulmanes á nuestra fiesta de pascuas fuimos al palacio para cumplimentar al soberano; despues de haber recibido nuestras felicitaciones el schah se fué á colocar en un trono de mármol blanco esculpido y dorado, una especie de estrado rodeado de balastradas y sostenido por figuras, en una sala poco alta y que tenia un lado casi enteramente abierto como la escena de un teatro, por donde se veía toda la corte, una vasta reunión formada por los príncipes de la familia, los altos dignatarios, los molahs, los khans, las tropas regulares, la música militar y los reheneos afghanes. Este salon del Trono es el más hermoso que he visto en Persia, y en cuanto á interior morisco, es imposible ver en ninguna parte nada más elegante. Tal es el efecto que me produjo sobre todo cuando despues le examiné atentamente. Todo se vuelven mármoles de una transparencia extraordinaria, esculturas, pinturas, vidrios de colores, mosaicos, arañas, espejos y colgaduras de telas preciosas.

El techo que es elevado se compone de muchas bóvedas de las más graciosas, pero cuyo plan general es difícil comprender, pues sus líneas se pierden en una infinidad de pinturas finas brillantes de colores y de dorados, representando flores, figuras de mujeres y hombres á caballo.

En el fondo del salon, detrás del trono hay una vasta ogiva de vidrios de colores cortados en encaje de la mayor finura, formando flores de mil especies, que ocupa casi todo el muro. Los cristales están incrustados en el encaje con una delicadeza suma. Las dos paredes laterales cortadas de nichos en ogiva están cargadas como las bóvedas de pinturas relucientes. Su base es de mármol como el trono con pinturas de plantas extrañas y graciosas sobre blanco. El cuarto único como he dicho no existe en esta sala; las puertas bajas y estrechas son de mosaico. Delgadas columnitas de cristal, ó mejor dicho guarnecidas de espejos sostienen ese techo y hay un telon que se alza en las grandes ocasiones como la de aquel día.

Colocado en una pieza contigua al salon del Trono disfrutaba yo de tan hermoso espectáculo, sin poder

con mucho sentimiento, distinguir la persona del schah. Noté que todos aquellos á quienes Mohamed-Schah dirigía la palabra, le respondían sin dejar su puesto y gritando con todas sus fuerzas. En breve salió un poeta de entre los grupos y declamó algunos versos en honor de su Augusto amo en esa lengua persa, tan original, tan bella y armoniosa.

Mientras duró toda la ceremonia, me desgarraron los oídos implacablemente los sonidos de una música que llamaria inaudita si no la hubiera oído demasiado y cuyo ruido salía de un cuartito poco apartado de la corte. Allí algunos desgraciados músicos persas soplaban á dos carrillos en trompetas enormes, pegaban golpes y mas golpes en los tímpanos, y todo esto sin freno, sin medida, sin ningun tono apreciable; verdadera cencerada grotesca y bárbara. Todas las mañanas al salir el sol, y todas las tardes en su ocaso, el astro resplandeciente es saludado por el mismo concierto ejecutado en el mismo sitio por los mismos artistas. Me sorprende mucho que el schah, hombre de buen gusto y bien educado, pueda soportar con paciencia semejante música.

Esto era en diciembre, y á fines de enero Mirza-Baba, el médico del rey, acompañado de Mirza-Ali, hijo del ministro de Negocios extranjeros, vino á decirme que S. M. deseaba hiciera yo el retrato de su hijo de edad de cuatro años, pero sin precipitación y conformándome exactamente á la medida del de S. M., sin duda porque en palacio habia algun marco viejo que se hallaba sin empleo. Convenimos en que el doctor me acompañaría.

Pasé pues, á su casa al día siguiente seguido de mis criados que por una precaución inusitada no dejaron pasar del patio; pero en breve comprendí el enigma, distinguiendo al doctor rodeado de sus mujeres muy jóvenes y muy bonitas que no aparentaron los mas vivos deseos de esconderse, pues en tanto que el buen médico me estrechaba afectuosamente la mano, ellas se retiraron muy despacio por diferentes lados y fueron á colocarse entre las puertas para conformarse al uso, pero de modo que pudieran ver y ser vistas.

Las persas y sobre todo las schirazianas son muy morenas y tienen una cabellera negra muy espesa aunque siempre pintada de henea así como sus manos y sus piés descalzos. En torno de los ojos y al borde de los párpados se trazan una línea negra ó azulada. Sus facciones tienen un carácter particular que es muy difícil describir, en el cual me parece se mezcla un poco el tipo mongol. Estas mujeres son muy bien hechas y tienen mucha gracia en sus movimientos. Llevan una camisa roja ó azul por lo regular de gasa transparente, *pirahen* en persa, un ancho pantalón *schalvar* en turco, y *zindjamé* en persa y un justillo muy estrecho, *alhalokh* en persa y *beschmet* en turco que apenas coge los hombros y ajusta el talle y los brazos, pero deja descubiertos el pecho y el estómago. Los hombros se hallan tan apretados en ese corpiño que tienen que encogerlos hácia atrás para lo cual inclinan todo el cuerpo, lo que me pareció añadía un encanto mas á su apostura. Su lenguaje sonoro y suave es muy gracioso. Las dentaduras de las persas son muy blancas y sus labios de un encarnado vivo.

Pero vuelvo á mi visita en casa del médico. Nos sentamos en el suelo y dí gracias al amable doctor por el placer que me habia procurado dejándome ver las damas de su país; pero hizo como que no me oía y ordenó á dos niños que trajeran el almuerzo. Este almuerzo muy modesto, consistía en un plato de arroz con agua *tschelov*, un guisado de curgas, una sopa de carnero, etc. Despues del almuerzo, el doctor sacó de un nicho una cuchara de madera artísticamente trabajada que me suplicó añadiera á mi colección de objetos persas; luego llamó á una joven pequeña de estatura, pero muy fresca y muy bonita, vestida sencillamente con un *alhalokh* y un *schalvar* y tomando un gorrito de cachemira azul bordado de seda blanca, me le dió diciéndome que su hija me le regalaba.

Al salir y en el momento de montar á caballo nos rodearon una porción de enfermos, hombres, mujeres, mendigos, dervís, etc., entre los cuales Mirza-Baba distribuyó generosamente consejos y recetas. Nos dirigimos enseguida hácia el palacio donde encontramos al pequeño Mirza-Naibi Saltana, recostado en unos almohadones y cubierto de piedras preciosas. Ese niño flemático se divertía en emborronar un papel mientras yo hacia su retrato, y varias veces pidió á su ayo que le dibujara una perdiz. —

Hemos dicho ya que la mala fé de los comerciantes de Persia no nos parecia muy superior á la de muchas personas de otras clases de la sociedad; hé aquí en apoyo de nuestra opinion una ó dos pruebas que nos suministra el manuscrito que vamos extractando: —

Al entrar en mi casa encontré en ella á un comerciante armenio algo ménos tunante que sus compañeros persas. Me traía un *sipehr*, escudo, de acero, de un bonito trabajo, adornado de inscripciones y de arabescos incrustados en oro que me dijo pertenecía al príncipe Mohamed-Veli-Mirza, y por el cual me pidió una suma que le dí sin vacilar; treinta y seis tumanes: no era caro.

Este Mohamed-Veli-Mirza, uno de los muchos hijos de Feth-Ali-Schah, ha sido si no me engaño gobernador de Schiraz. Su reputación en este país, así como la de su hermano Keikhobade-Mirza y aun la de casi todos sus hermanos, se halla tan bien establecida, que el armenio me suplicó no considerase el trato como cerrado

hasta que hubiese entregado el dinero en manos del príncipe por temor de que se arrepintiera.

— Ya sabeis, me dijo, que esos schazadé no tienen escrúpulos por nada, todos ellos son malos.

Sin embargo, por fortuna mia los temores del prudente armenio no se realizaron.

Mohamed-Veli-Mirza se contentó por milagro con el precio que habia pedido y el escudo vino á enriquecer mi colección.

Algunos días despues recibí una diputación del príncipe Keikhobade-Mirza, que me traía un escudo igual como un regalo de su parte. Penetrado de gratitud corrí á casa del generoso señor y le encontré en una habitación sumamente pobre.

Su aire era noble y distinguido y su fisonomía hermosa aunque tenia la vista torcida. El retrato de su real padre, el difunto Feth-Ali-Schah se hallaba en el cuarto, y descubrí un parecido muy notable entre el padre y el hijo. Tambien estaba allí el retrato de cuerpo entero de mi generoso señor, con el traje de toda ceremonia de los príncipes de la real casa y con un escudo.

Keikhobade-Mirza que me hizo un recibimiento atento y delicado que me enterneció, sobre todo á causa de la pobreza que en su interior reinaba, me indicó ese último retrato diciéndome que en tiempo de su padre, como podia verlo allí, era su *selictar* (el que lleva el escudo real) y que entónces se hallaba en una posición brillantísima pero que ahora estaba mal; que me habia enviado el escudo que habia heredado y que estaba representado en aquel lienzo, porque ya para nada le servia, y sabiendo que yo buscaba armas en el bazar, se felicitaba de poderme ofrecer una cosa que podia interesarme.

Yo le dí infinitas gracias por tal atención, aunque esto no se acostumbre en Persia, pues denota un hombre de poquísima importancia.

— Eso no vale nada, me dice, y espero que hallaré algunos otros objetos mas dignos de vos, pues mi único deseo es agradaros.

En la mañana siguiente llegó de su parte su *nazir* (mayordomo) para pedirme trescientos tumanes, y como no me apresuré á dárselos, se llevó el escudo.

Algunos días despues vino á verme y me preguntó:

— ¿Porqué me habeis devuelto el escudo que os habia regalado?

— Porque vuestro nazir me le ha pedido de vuestra parte, le respondí.

— Mi nazir es un mentiroso y un bribon, me dijo en su presencia, en tanto que el otro se sonreía con malicia. Dadme cien tumanes, continuó, y os devolveré el escudo que además es vuestro; os he suplicado que le acepteis como todo cuanto poseo.

Aquí se quedó el asunto. —

Concluirémos con un rasgo de ostentación y de villanía este bosquejo del carácter persa.

Nuestro artista viajero hizo muchos retratos del schah y de su familia, y ántes de marchar quiere hacerle una visita de despedida. Hé aquí lo sucedido: —

Despues de los cumplimientos y felicitaciones que dirige á todos cuantos extranjeros le presentan, ese buen príncipe preguntó al ministro de Negocios extranjeros si los regalos que me habian destinado estaban prontos, recomendando mucho que no valiesen ménos de trescientos tumanes.

Yo me despedí entónces de S. M. retirándome sin volver la espalda, y S. M. me acompañaba con su sonrisa y con palabras benévolas.

Al otro día cuando fuí á la embajada rusa, encontré cuatro criados del rey que llevaban con mucha lentitud y muchas ceremonias un caballo cojo de color bayo. Antes que se llegaran á mí para decírmelo, adiviné que me traían aquel caballo. Todavía no habia tenido tiempo para tomar un aire de circunstancia, cuando mi palafrenero que marchaba cerca de mí caballo, se puso á injuriar á los criados del schah en los términos mas claros, negándose á recibir en mis cuadras al susodicho rocinante.

A pesar de mi oposición á una acción tan grosera, y mis exclamaciones en mal turco, los persas se volvieron á las caballerizas del palacio donde eligieron otro caballo que me trajeron directamente á la embajada. Mi palafrenero no queria recibir este otro, así como tampoco queria oír mis observaciones y las del drogman de la embajada que llamé en mi socorro para declarar que yo respetaba el presente real con el mayor respeto.

Todo fué en vano; la discusión seguía acalorada, mi palafrenero que queria cumplir con su deber á pesar de todas mis reflexiones, y solo se interrumpía para decirme que obraba así en favor de mis intereses. Los criados del schah comprendiendo al fin las razones que asistían á un servidor tan celoso por su amo, se volvieron de nuevo con su caballo para consultarlo con el primer ministro que juzgaria en su alta sabiduría si el animal era ó no digno de mi persona. En el carácter de los persas me parece hallar una mezcla de finura y de astucia con una sencillez á veces infantil.

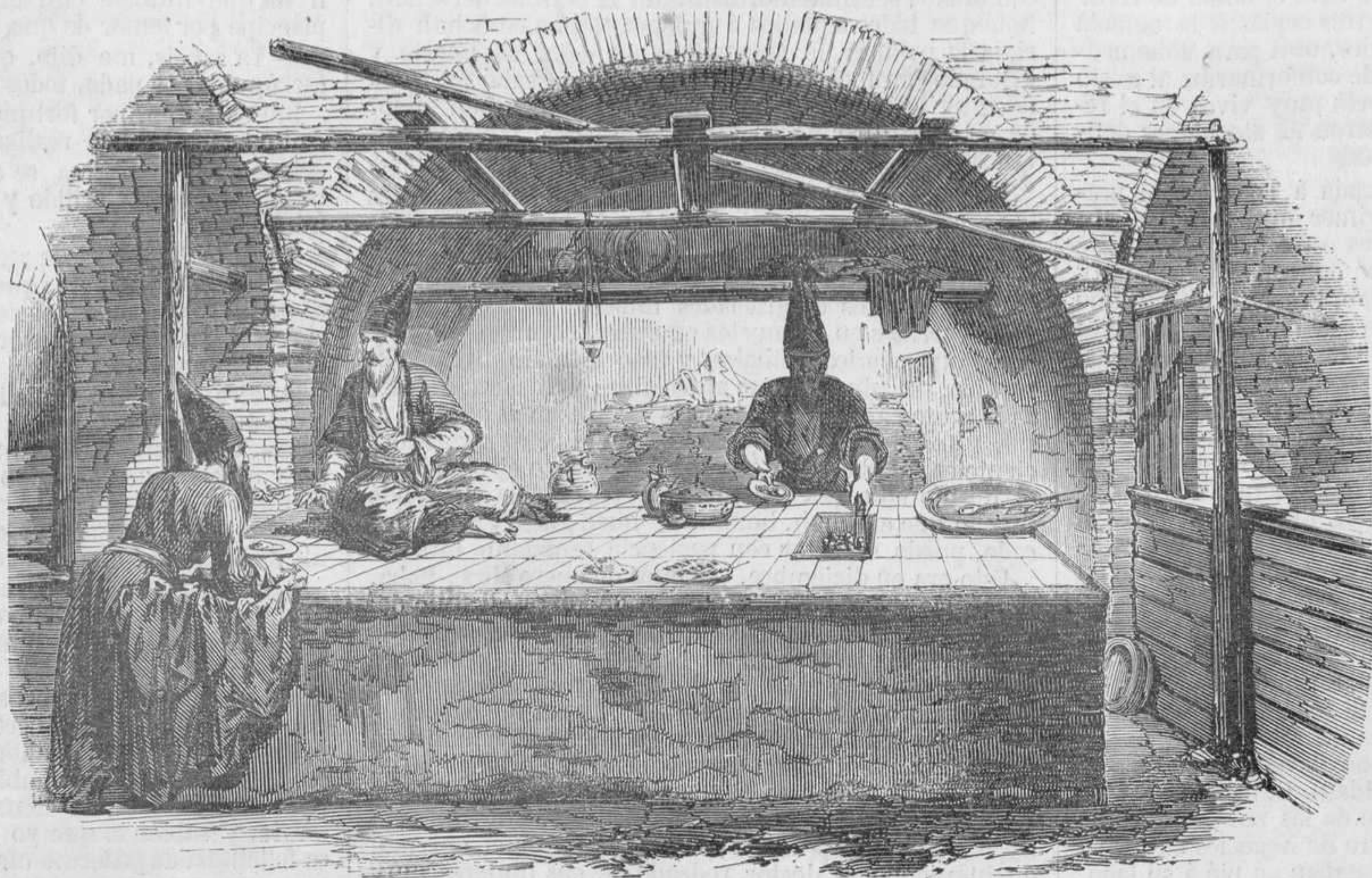
Hadji-Mirza-Agassi dijo que el animal no carecia de valor y me mandó á decir le perdonara si por entónces no podia darme otro mejor, añadiendo que cuando regresara á Persia pondría á mi disposición uno soberbio. Además recibí de parte de S. M. dos hermosos pañuelos que podrian valer mil rublos y la orden del Sol enriquecida de diamantes con el diploma ó firman imperial.

No seguiremos ya mas á nuestro viajero que cansado de la Persia se vuelve á su país por el camino que le llevó á Teheran. En tanto que sube hácia el Norte, nosotros continuaremos hácia el Mediodía, pues tenemos que visitar Hamadan, Ispahan, Sehiraz, y hasta Kazerun por el Pira-Zun. Pero como personas que se han entretenido demasiado en el camino, tenemos ya poco tiempo que consagrar á todos esos lugares interesantes y célebres.

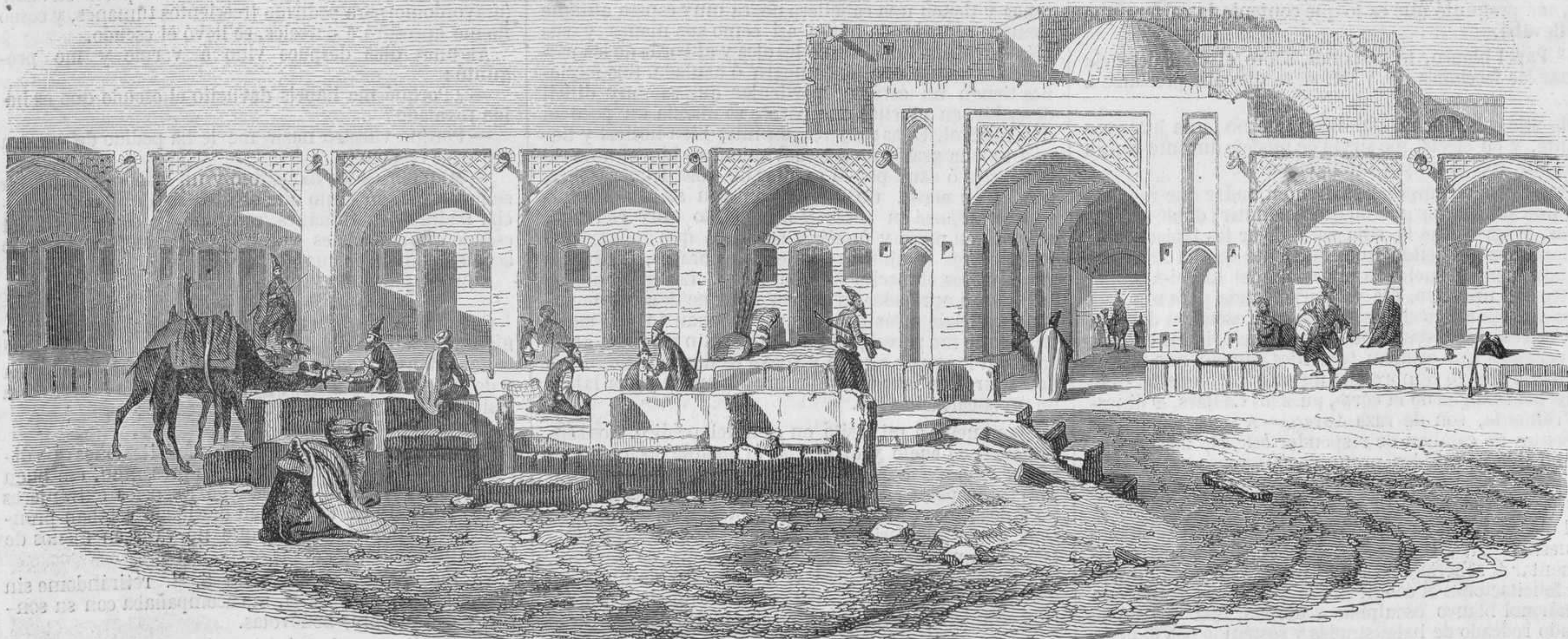
Dejemos pasar esa cabalgata de mujeres de viaje; es la familia de un khan que vuelve de una peregrinacion á la Meca ó á Kerbela. Seguramente los alegres viajeros mostraban mas recogimiento cuando iban al lugar sagrado donde debían hacer las devociones. — Decididamente, á pesar de las pretensiones de Tauriz ó Tabris, Hamadan está reconocida como la antigua Ecbatana, ó cuando ménos se halla en el mis-

mo sitio que ocupó esta. Desde su destruccion por Timur no es mas que una ciudad de segundo orden. Es famosa por sus muros y sirve de punto intermedio para el comercio entre Ispahan y Bagdad y entre Bagdad y Teheran.

En el camino de Hamadan á Ispahan, la ciudad principal que se encuentra es Khonsar, cuya situacion es pintoresca en extremo. Se llega por el lado de Oeste, por un camino plantado de árboles frutales en ambas orillas, en un espacio de cerca de dos leguas. La ciudad se halla á la falda de dos cordilleras de montañas paralelas una á otra, y tan juntas, que las casas ocupan á la vez la base y las primeras cuestas. Cada habitacion tiene su jardin, cuya abundante vegetacion forma un contraste agradable con la aridez de las rocas negras que le dominan. Sus mujeres son célebres por su hermosu-



Cocina de un bazar.



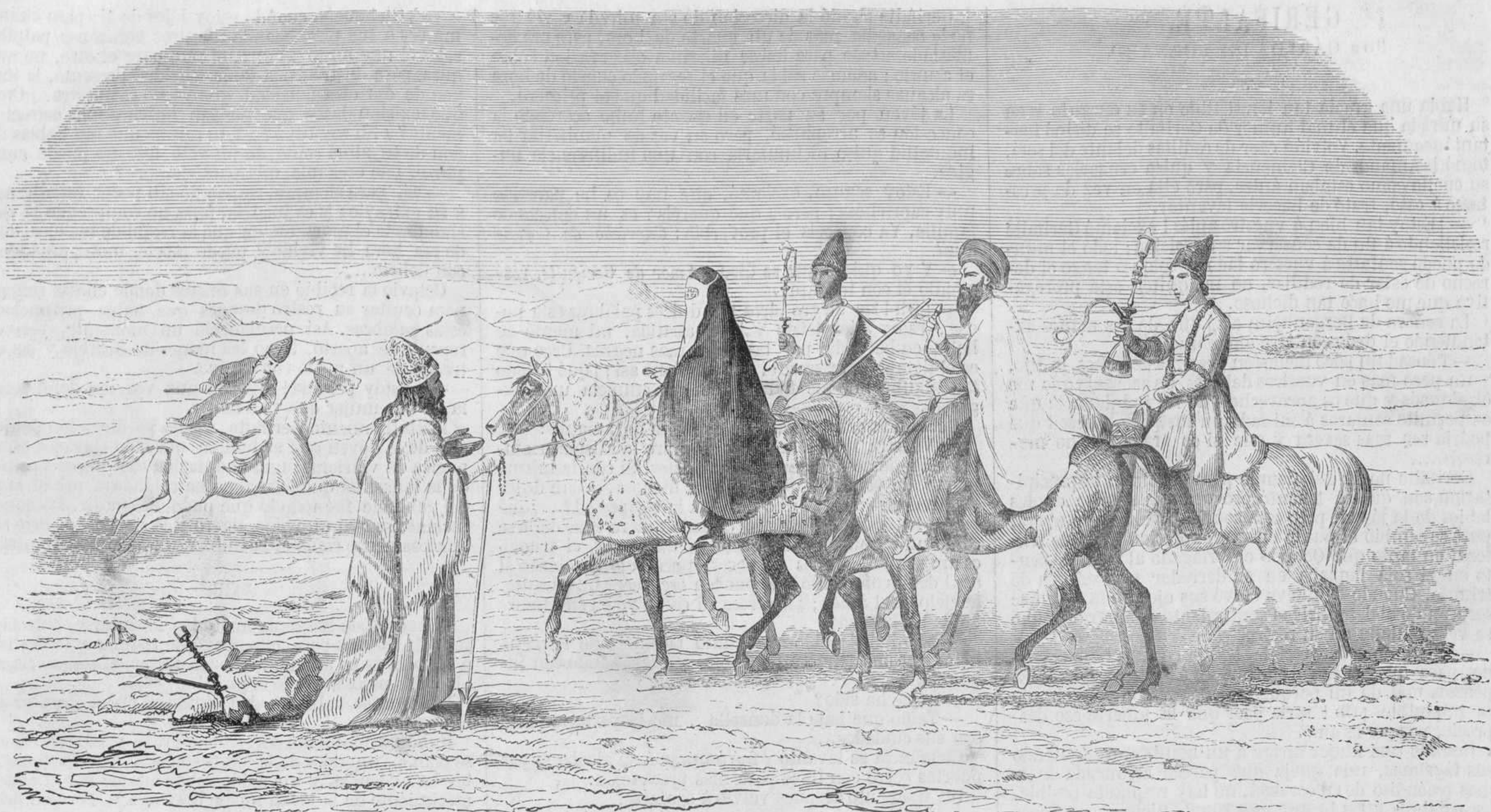
Patio interior de la posada de Mayar, en el camino de Ispahan á Chiras.

ra y su viveza. Ispahan es la primera ciudad de comercio del imperio, en atencion á que es el depósito del comercio extranjero entre la India y la Persia, la Turquía y Cabul. Posee diversas manufacturas, pero no tiene rival para el brocado de oro. Los valles y las llanuras que la rodean á muchas millas están sembrados de aldeas con hermosos plantíos. Cuando se va por el camino de Schiraz, esto es, en el sentido opues-

to, á la distancia de dos leguas esa gran capital vista desde lo alto de un promontorio, ofrece de repente uno de los espectáculos mas soberbios que pueden verse en el mundo; desde allí no se distingue hasta que punto se halla decayida, pues sus ruinas se hallan ocultas por grandes árboles y altos monumentos. A nueve leguas de Ispahan está Mayar, un pueblo muy grande apinado como Khonsar sobre dos monta-



Labradores de Khosrova.



Una mujer de viaje.

ñas por el cual hay que pasar necesariamente para ir á Schiraz, lo que aumenta mucho el precio de la posada, de la que damos aquí un dibujo. Entre Ispahan y Schiraz, pero mucho mas cerca de este último punto, á unas treinta millas, se encuentran las famosas ruinas de Persépolis, donde los señores Flandin y Coste pasaron dos meses largos examinando, anotando y dibu-

jando todo lo que esa tierra histórica podia ofrecer á esas observaciones. Obligados á concluir este largo artículo, pasaremos rápidamente por Schiraz, la segunda ciudad del imperio, cantada tan á menudo por los poetas persas, patria del Anacreonte de Oriente, Hafiz, que está enterrado allí en un jardinillo á media milla de la ciudad. Debemos apresurarnos, pues el tiempo urge y

tenemos que atravesar sobre el camino de Schiraz á Kazerun, dos pasos escarpados y difíciles, el Pira-Zun, esto es, la mujer vieja, y el Dochtur, la muchacha. El Pira-Zun tiene siete millas de largo y está cubierto de monte frondoso; conduce á las ricas llanuras de Dachistan, donde se crían algunos de los mejores caballos de la Persia. (Se concluirá.)



Hamadan.



Desfiladero de Pir-Azan (Fars).

## GERIFALTE.

POR CARLOS DE BERNARD.

Habia una gracia tan irresistible en su encanto y en su mirada que el mal humor de Gerifalte se disipó instantáneamente. Volvió á caer de rodillas delante del sofá, tomó las manos de Clemencia y quiso cruzarlas sobre su cuello como estaban ántes, pero ella en vez de prestarse á esto, trató de hacerle levantar.

— ¡Estoy tan bien á vuestros piés! exclamó Gerifalte resistiendo á fin de conservar su posicion; todo el mundo puede sentarse á vuestro lado y solo yo tengo el derecho de estar de rodillas, no me quiteis esta prerogativa que me hace tan dichoso.

La señora de Bergenheim alzó una de sus manos extendiendo el dedo con aire amenazador.

— Pensad un poco menos en vuestros derechos, le dijo, y un poco mas en vuestros deberes. Os aconsejo que me obedezcais y que os aprovecheis de mi indulgencia que os permite sentaros á mi lado un instante. Pensad que podria ser mas severa y que si os tratara como merecis....

Gerifalte no la dió tiempo para concluir; la precipitacion con que se levantó provocó una sonrisa en los labios de la jóven, pero esta sonrisa fué muy pasajera, pues se cambió al punto en una expresion llena de tristeza, en tanto que Octavio embriagado al tomar asiento en el sofá lanzaba en su derredor una mirada de triunfo. Cuando de nuevo clavó sus ojos en la jóven se sorprendió al descubrir el sentimiento de amargura que se veia pintado en su rostro.

— Mucho me despreciáis, le dijo con un tono solemne, para que os hayais atrevido á venir aquí; acaso pensais mal de mí porque esta flaqueza cuyo disimulo es imposible. ¡Oh! seria peor que la muerte ese desprecio, porque os amo.

Cuando una mujer dirige á un hombre, conteniendo sus lágrimas, una queja que parece arrancada de lo mas recóndito de su corazon, no hay respuesta posible, las palabras y los juramentos son de hielo, y entónces seria preciso poder morir para probar que se ama dignamente.

Gerifalte al oír las palabras de Clemencia sintió que en su pecho se desvanecía todo su júbilo y exclamó con abatimiento:

— ¿Cómo he podido merecer tan terribles palabras? Esta tristeza enterneció mas á la jóven que las protestas mas apasionadas.

— Perdonadme, le dijo, perdonadme, Octavio. Si os he hablado así, es porque tambien me habeis tratado con dureza. No os amo, me decís; entónces ¿qué clase de mujer seria? ¿No son la verdad y el exceso de mi ternura las únicas disculpas de mi conducta? Débiles disculpas, lo conozeo, y que no me justifican, pero en fin, me parece que soy ménos culpable cediendo á un impulso irresistible.

— ¿Me amas, Clemencia?

— ¡Dios mio! no ha sido por falta de combatir. No me juzgueis con severidad, Octavio, necesito vuestra estimacion, estaba acostumbrada á la mia; ¿qué me quedará si me juzgais como yo me juzgo?— ¡Oh! amargo tormento: cada nueva prueba de cariño que recibís de mí os da un nuevo derecho para respetarme ménos.

— Amiga mia, exclamó Gerifalte con dulzura, no me habéis así; yo no sé hacer dos partes de mi alma y separar el ardor de mi deseo de la veneracion que necesito ofrecer; no reduzcáis á proporciones tan mezquinas el sentimiento que me habeis inspirado. Cuando os llamo mi ángel y mi reina es porque lo siento, son palabras de mi corazon, no de mi memoria, palabras que si no se hallasen entregadas á las profanaciones de la muchedumbre las habria encontrado yo para tí, pues solo ellas pueden dar una débil idea de lo que sois á mis ojos. Te amo con tanto respeto como pasion. Comprendo que seas incrédula porque nada en mis palabras puede manifestarte lo que experimento; pero no me castigues por esta impotencia de mi lengua, no me castigues porque te amo con una adoracion tan grande que no conozeo plegaria digna de ella. No te niegues ya mas á las expansiones de tu alma; ¿temes comprometer tu imperio acordándome la felicidad? Esa es una de las mentiras que corren para el vulgo y que indignan á los que saben amar. Tranquilízate, no romperé la cadena porque la hayas dorado y embellecido; los reyes se arrodillan en su consagracion y se levantan cuando están coronados, pero yo, si tu mano me corona, permaneceré de rodillas, ahora y siempre de rodillas.

Esta vez Clemencia no le hizo levantar pues la agradaba verle á sus piés.

— ¿Me obedeceréis si os mando salir? preguntó ella al cabo de una pausa.

Octavio vaciló un momento y la miró con aire suplicante.

— Obedeceré; ¿pero tendréis valor para mandármelo?

Sus miradas permanecieron largo tiempo confundidas. La inquietud pintada en los ojos de Octavio parecia que daba un brillo nuevo á su elocuencia ordinaria, en tanto que la determinacion que habia animado un instante los de Clemencia se iba extinguiendo mas y mas en una mirada lánguida y suave.

— Os permito que permanezcais hasta las doce y media, dijo ella en fin despues de haber echado una ojeada al reloj de su cuarto que podia distinguir por entre la puerta entreabierta.

Gerifalte siguió la direccion de esa mirada y vió que no le concedía mas de un cuarto de hora, pero era demasiado astuto para hacer ninguna observacion sobre el asunto; además sabia que el segundo cuarto de hora se alcanza siempre con mas facilidad que el primero.

La jóven por su parte en cuanto hubo acordado la concesion se arrepintió, pero en vez de manifestar su inquietud quiso disimularla con una indiferencia fingida.

— Estoy segura, exclamó, que hoy os he parecido muy caprichosa; pero ¿qué queréis? es un defecto de familia. Ya conozeis el proverbio: *Capricho de Corandeuil*.

— Y yo quiero que se diga: *Amor de Gerifalte*, respondió él con ternura.

— ¡Oh! Me alegró oír tan dulces palabras esta noche, estoy bien triste y bien abatida, mi mente se halla embargada por las ideas mas negras. Creo que es el tiempo borrascoso el que me tiene así; ¡qué trueno tan lúgubre! Se me figura que me anuncia una desgracia.

Octavio la contestó con una sonrisa de amante:

— Vuestra imaginacion es siempre la misma, siempre está deseosa de emociones tristes. Si con la misma fuerza de voluntad quisierais ser dichosa, ¿cuán dulce seria vuestra vida! ¿qué importa la tempestad?... ¿qué puede tener de terrible aun cuando quiera considerarse como un emblema? La noche es un vapor, el trueno es un sonido, ambos efimeros, pues solo es eterno el azul del firmamento que pueden oscurecer un minuto. El cielo es el amor; ¿no crees tú como yo en su inmortalidad soberana?

— ¿No habeis oído? preguntó la señora de Bergenheim estremeciéndose de súbito y escuchando con inquietud.

— ¿Qué ha sido?

— Temo que baje la doncella... me importuna tanto con sus cuidados...

Clemencia se levantó y fué á mirar á su alcoba cuyas puertas cerró con llave para mas precaucion.

Un momento despues volvió á sentarse.

— Justina está ya durmiendo, dijo Octavio; no me habria atrevido á venir aquí si no hubiese visto que la luz se apagaba en su cuarto.

Clemencia le tomó la mano y la llevó sobre su pecho.

— ¿Creéis ahora que tengo miedo? le dijo.

— ¡Pobre ángel mio! exclamó sintiendo que el corazon de la jóven palpitaba con violencia.

— A vuestro amor debo estas palpitaciones que me dan por la menor cosa. Se que no corremos ningún peligro, que á estas horas nadie entrará en mi cuarto y sin embargo, experimento un terror invencible. Dicen que hay mujeres que se acostumbran á este tormento, que concluyen por vivir tranquilas en medio de su culpa... voy á confesaros un pensamiento indigno... á veces padezco tanto que quisiera parecerme á ellas... pero me es imposible, no puedo acostumbrarme al mal, yo habia nacido para ser virtuosa.

Octavio era un hombre de sentimientos bastante delicados para salir con alguno de esos sofismas que los hombres tienen siempre dispuestos para tales casos; sabia que los padecimientos de la señora de Bergenheim no tenían nada de fingido y que recibiria muy mal una apologia de su propia conducta, que su conciencia rechazaba. Así pues, solo respondió á esta expansion dolorosa con protestas de amor eterno.

— No podeis comprenderme, repuso ella abandonándole sus manos que él estrechaba con ternura; sois hombre, amais atrevidamente, y os entregais á cada sentimiento que os domina sin hallar en el fondo un remordimiento que corrompe todas sus seducciones. Y luego, aun cuando sufrierais, vuestras penas al ménos os pertenecerian, nadie tiene derecho para examinar vuestra conducta... pero yo... ni siquiera mis lágrimas son mias... ¡mis lágrimas!... ¡cuántas he derramado por este amor... derramado interiormente, porque un hombre habria tenido derecho para preguntarme:— ¿Porqué llorais?— ¿Y qué habria yo respondido?

Clemencia volvió la cabeza para ocultar algunas lágrimas que sus párpados no podian ya contener; Octavio las vió, é inclinándose hácia ella las enjugó con sus labios.

— ¡Las lágrimas son mias! exclamó con pasion; pero no me atormentes mas diciéndome que mi amor te hace desgraciada.

— ¡Oh! sí, muy desgraciada... y sin embargo, no cambiaria esta desgracia por las mas altas felicidades de las demás mujeres. Esta desgracia es mi tesoro, es mi vida... ¡Y pensar que esta delicia habria podido ser legítima en otro tiempo!... ¿Qué fatalidad pesa sobre nosotros, Octavio? ¿Porqué nos hemos conocido tan tarde?... ¡A veces me hago tan bellas ilusiones!... en sueños soy libre todavía y vos... ¡Oh! una pesadumbre eterna me devora.

— Si me amas, libre eres aun... Es la lluvia que da en los cristales continuó al notar la inquietud con que prestaba el oído la señora de Bergenheim, como si algun ruido inexplicable hubiese despertado de nuevo sus recelos.

Hicieron una pausa sin oír otra cosa que los silbidos monotonos de la tormenta.

— ¡Ser amada por tí sin tener que avergonzarme! repuso Clemencia sosegada ya, mirándole con ardor!... confesar tu ternura como la gloria de mi vida! vivir juntos sin temor de que un rayo nos separe... darte mi alma siendo virtuosa... seria una de esas felicidades celestes que solo se ven en sueños...

— ¡Oh! sueña cuando estoy lejos de tí; pero cuando me ves á tus piés, cuando nuestros corazones palpitan solos el uno junto al otro, el uno para el otro, no evokes para distraernos de la felicidad presente, la imagen de esa otra felicidad que ya no es nuestra. ¿Crees que existan lazos que puedan unirnos mas estrechamente? ¿No soy tuyo? ¿Y tú misma que me hablas del don de tu alma como de un voto que no puede cumplirse, ¿no eres mia, mia para siempre?

— Sí, para siempre, respondió sin poder resistir mas á su extravío; y es justicia, pues no comprendo la vida sino desde el momento en que la recibí de tus ojos, desde esa hora he vivido y puedo morir, morir amándote con delirio...

Octavio la recibió en sus brazos donde ella se refugió para ocultar su rostro despues que habia pronunciado estas palabras. Así permaneció un momento, pero de repente se apartó, tomó las manos de Octavio y las estrechó de un modo convulsivo.

— ¡Estoy perdida! dijo con una voz tan débil como la de una mujer que va á morir.

Instintivamente Gerifalte siguió la direccion de los ojos de la jóven que se habian quedado clavados en la puerta de vidrieras; una ondulacion casi imperceptible de la muselina que formaba una colgadura por el lado del gabinete fué todo lo que pudo distinguir. En aquel instante se oyó un ruido ligero y la puerta se abrió silenciosamente como si la hubiera movido una sombra.

## XXIII.

La señora de Bergenheim quiso levantarse, pero faltándole fuerzas para ello, cayó de rodillas y se deslizó á los piés de su amante. Este sin tratar de sostenerla se alejó dos pasos sacando el puñal.

El baron se habia quedado inmóvil en el umbral de la puerta.

Hubo un momento de silencio grave y terrible. Solo se oian los mugidos de la tempestad que parecia aumentar en violencia, y un ruido vago causado por el estremecimiento de la jóven medio desmayada. Pero en breve este ruido cesó y Clemencia se quedó tendida en la inmovilidad de la muerte. Unicamente hablaban los ojos de aquellos dos hombres: los del marido fijos, tenaces, implacables, los del amante rebotando una audacia desesperada.

Al fin el baron hizo un movimiento para entrar.

— ¡Si dais un paso mas sois muerto! dijo Gerifalte con voz sorda y alzando el puñal.

El baron extendió la mano y solo con una mirada respondió á esta amenaza; pero la mirada era tan desdeñosa, el ademán tan imperativo, que Gerifalte habria temido ménos un acero cruzado con el suyo. Avergonzado de su conmocion en presencia de tanta serenidad, Octavio envainó su arma é imitó la actitud despreciativa de su enemigo.

— Venid, caballero, dijo este á media voz, dando un paso hácia atrás.

En vez de seguirle Gerifalte miró á Clemencia, sumergida en un desmayo tan profundo que en vano quiso distinguir el ruido de su aliento. Se bajó hácia ella por un movimiento irresistible de conmiseracion y de amor, pero en el momento en que la tomaba en sus brazos para colocarla sobre el sofá con el fin de que recobrará el conocimiento, la mano de Bergenheim le detuvo. Apenas sintió sobre su brazo la presion de aquellos dedos de hierro que habian podido partirle, pero no obstante, el contacto bastó para llamarle al deber que el honor le imponia en aquella funesta circunstancia. En presencia del hombre á quien habia insultado, la mas ligera señal de interés, era un ultraje nuevo y era cobardía cometerle. Octavio sofocó pues, en su corazon el dolor apasionado que le desgarraba, y obedeciendo al ademán que le habia contenido, se incorporó y dijo con un aire grave y resignado:

— Estoy á vuestras órdenes, caballero.

El baron le señaló la puerta para invitarle á que pasara primero, conservando así por su parte y con una sangre fria extraordinaria esa urbanidad á que acostumbraba la buena educacion en todas ocasiones, pero que en aquel momento tenia algo de mas espantoso que la ira mas furiosa.

Gerifalte miró de nuevo á Clemencia y dijo con un tono casi suplicante:

— ¿La dejaréis así privada de todo socorro? Seria demasiada crueldad abandonarla en ese estado.

— No será crueldad sino compasion, exclamó Bergenheim, siempre se despertará demasiado pronto.

El corazon de Octavio se oprimió, pero sin vacilar mas salió del aposento. El marido le siguió sin lanzar siquiera una mirada á la pobre mujer que su boca acababa de condenar implacablemente.

Los dos hombres bajaron la escalera del gabinete, alumbrados por el débil resplandor de la lámpara de alabastro, pero al llegar á la puerta de la biblioteca se encontraron en la oscuridad; entónces Bergenheim descubriendo una linterna sorda que llevaba, dió una luz suficiente para guiar sus pasos, y atravesaron en silencio la galeria de los cuadros y el vestíbulo y subieron despues la escalera principal.

Al ver pasar en medio de la noche aquellas dos figuras cuyas facciones iluminaba con un reflejo vacilante y amarillento la claridad de la linterna, se habria presentado involuntariamente algun drama lúgubre en el que debian representar cada hombre su papel. Dante siguiendo á Virgilio por los caminos abrasados de la ciudad doliente, no marchaba con la frente mas pálida y el pié mas silencioso que Gerifalte guiado por Bergenheim

á través de los largos corredores del palacio. Con igual precaucion le precedía este. Temiendo que el ruido mas ligero despertase á alguno de los criados de la casa, contenía su respiracion y se deslizaba como una sombra en tanto que sus ojos interrogaban con inquietud la oscuridad de los lugares que recorrian.

Sin haber encontrado á nadie, sin que nada hubiera podido descubrirles, llegaron por fin al aposento del baron. Con la misma sangre fria que habia caracterizado su conducta hasta entónces, Bergenheim cerró cuidadosamente las puertas, encendió sobre la chimenea un candelabro cargado de bugias y se volvió enseguida hácia Gerifalte ménos severo que él.

En las circunstancias que exigen una decision rápida, en medio de esas crisis raras pero solemnes de la vida en que la mas corta reflexion es una tardanza inoportuna, en que la espontaneidad de accion llega á ser una necesidad imperiosa, los hombres de espíritu poético tienen una desventaja singular: la imaginacion tan enérgica en las horas meditativas de la soledad, es quizá su mayor enemigo cuando ha llegado el instante de obrar rápidamente. Gerifalte sufría un tormento cruel: por un inexplicable fenómeno psicológico, su espíritu en vez de entrar en lo vivo de aquella escena tan imperiosa, se sumergía como un águila en los incommensurables espacios del drama entero; en un instante habia devorado el pasado y el porvenir de su pasion hasta el punto de hallarse distraído del presente. Su primera entrevista con Clemencia, los diversos incidentes de aquel año tan lleno de recuerdos, los triunfos de su ternura hora por hora, las mil conquistas, preludios de la última, y luego aquel dia tan seductor cambiado en noche tan horrible; aquella mujer de su corazon perdida para él y por él, aquel hombre á quien debia una cuenta de sangre, todas esas imágenes cruzaban ante sus ojos como las hojas secas que una ráfaga levanta y arrolla en espiral furiosa.

Invencibles emociones de sentimiento, una commiseracion desesperada, el presentimiento de catástrofes humanamente inevitables ablandaron su corazon fascinando su espíritu. Entónces vió con los colores mas odiosos el egoismo de su amor y aquel anhelo que le habia impuesto como un deber el complemento de su triunfo. Esta exigencia tan ordinaria de la vanidad le pareció la cobardía mas despreciable; tuvo horror de sí mismo. La última mirada de Clemencia al caer desmayada á sus piés, mirada de perdon y de amor habia penetrado en su corazon como un acero frio. ¡La habia perdido, á ella, á quien amaba tanto!... ¡A ella, que era la reina de su vida, el ángel de sus adoraciones!... El infierno estaba en esta idea.

(Se continuará.)

## Expedicion de la Indo-China.

(Conclusion. — Véase el nº anterior.)

La ignorancia en que vivimos respecto de las cosas que tocan á esos países lejanos hacia sin duda aceptar con indiferencia tales revoluciones. Tenemos el Senegal á nuestras puertas. Madagascar en el océano Indio, y el Senegal y Madagascar que habria fecundizado el genio colonizador de la Inglaterra ó de la Holanda, no son en nuestras manos desde hace siglos mas que unas soledades improductivas donde de tiempo en tiempo van á perderse nuestros tesoros y nuestros soldados. La Francia no es una nacion colonizadora.

Hace poco tiempo examinaba yo en la casa de las Misiones extranjeras de Hong-Kong una de esas largas pinturas que solo se hacen en la China, bosquejos informes donde el acabado de los detalles apenas puede compensar lo tosco del conjunto, pero que sin embargo, tienen un carácter particular de verdad sencilla. Estaba solo é ignoraba qué historia me contaba aquel cuadro. Era una larga procesion de soldados, de mandarines y de elefantes cuyo paso contemplaba una inmensa muchedumbre. El cortejo comenzaba en un pretorio y subia por colinas y llanuras indicadas con colores brillantes, hasta un patio de aspecto sombrío y desolado, donde se ostentaban con un lujo de barbarie ignorado de nuestros dias en Europa, instrumentos de forma siniestra y manchados de sangre. En medio del patio habia un hombre de rodillas, con el rostro pálido, pero risueño, y sus ojos levantados al cielo rebosaban esperanza.

El verdugo con el sable bajo, en pié á su lado, miraba en una actitud indiferente como sus mozos preparaban cuerdas para otra victima. ¿Esperaba á que el mandarín diese la señal para comenzar el suplicio? ¿Porqué pues, exclamaba yo, estudiando atentamente aquel espectáculo, porqué pues, este espectáculo en esta casa?

Y mis miradas se volvieron al lado opuesto, pero allí distinguí otra pintura análoga que parecia ser continuacion de la primera. Aquí el cortejo bajaba en el mismo orden y la ejecucion se habia efectuado. Un cadáver sin cabeza, una cabeza chorreando sangre, otro cadáver extrangulado, yacian juntos, pero, ¡cosa extraña! la muchedumbre ántes amenazadora se precipitaba aquí con respeto hácia los cadáveres; los unos besaban sus piés, otros empapaban con veneracion pedazos de lienzo en la sangre y los ocultaban en su seno.

Todo está explicado; aquel suplicio era un marti-

rio; aquellos condenados, eran soldados gloriosos de nuestra santa religion; el P. L\*\*\* que acababa de entrar sin que yo lo hubiese visto, me dijo con su serenidad ordinaria: — Es la muerte de Monseñor de Moulins, Bories.

Sí, la Francia envia todavía á sus hijos á países lejanos para que prediquen la palabra fecunda del Evangelio, y puede envanecerse de ello: la Rusia con sus ejércitos, la Inglaterra con sus flotas, los Estados-Unidos de América con sus clippers y sus comerciantes, inspiran el temor y los celos, en tanto que la Francia inspira la admiracion aun entre esos pueblos sumergidos profundamente en el materialismo. Las banderas y las recompensas enviadas de Pekin á los marinos franceses despues de la gloriosa y sangrienta jornada de Shanghai, las visitas atentas de los mandarines, su confianza al llevar á bordo de los buques á sus mujeres y sus hijos, atestiguan las simpatías que se ha granjeado la Francia en el Celeste Imperio.

¿Mas sucede lo mismo en el Japon?

El 1º de agosto de 1835 echábamose el ancla en Hakodadi, uno de los tres puertos abiertos á los americanos por el tratado de *Yoko-Hama*. Una fragata francesa, la *Sibylle*, diezmada por el escorbuto, esperaba allí nuestra llegada con una parte de la division inglesa. Por primera vez se iban á establecer relaciones formales entre los representantes de ambos imperios. ¿Cuál seria su naturaleza? Cuando en 1846, bajo las órdenes del almirante, fuimos á Nangasaki para mostrar á los japoneses nuestros colores desconocidos, me acuerdo aun de la desconfianza altanera que inspiraba nuestra presencia. — Nos esperaba igual recibimiento? Nada se habia cambiado en la posición respectiva de ambos pueblos; el tratado americano y el que estaba á punto de concluir el almirante inglés, no ligaban en nada á las autoridades japonesas con la Francia. Al contrario, las tradiciones de Yegas, siempre en vigor, les ordenaban aun la misma conducta.

Al dia siguiente de nuestra llegada celebraban una reunion el almirante Guerin y el gobernador de Hakodadi. Hé aquí algunas de las palabras que se pronunciaron: « La Francia es una nacion cortés entre todas. Estamos seguros de que nada emprederéis que sea contrario á las leyes de nuestro país. Estas leyes nos prohiben toda relacion con los pueblos que no han tratado con nosotros, y os hallais en este caso; pero por la Francia harémos callar nuestras leyes ante las leyes de la humanidad... Os darémos los viveres, el agua y el combustible que os falten; vuestras tripulaciones podrán bajar á tierra... » Y quince dias despues saliamos para la Tartaria dejando en una pagoda transformada en hospital, cincuenta enfermos de la *Sibylle*, que recogió á su vuelta de los Kuriles.

Nueve meses despues tocábamose de nuevo en Hakodadi. — Llamado á Yedo el antiguo gobernador, habia dejado en su puesto á un funcionario animado mas que ningun otro de ese espíritu de exclusion que constituye el patriotismo de los japoneses. No sé como quebrantó su patriotismo; pero lo cierto es que despues de algunas observaciones de pura forma, se mostró con nosotros tan benévolo como su predecesor. ¿Fué por temor de nuestros cañones? No lo creo; los japoneses no han degenerado de aquel perseverante valor que le hizo sacrificar 3,000 hombres para tomar el navio español la *Madre de Dios* en el puerto de Nangasaki. El gobernador habria cumplido rigurosamente con las órdenes imperiales por duras que hubiesen sido, respecto de nosotros; la desobediencia es la muerte, y una muerte vergonzosa á la que no se expone ningun japonés. Su conducta tuvo pues otros motivos, y motivos de un orden muy elevado. Sin exajerar la importancia de la acogida benévola que recibimos por todas partes, sin acordar una parte muy grande á la influencia que pudieron ejercer sobre su ánimo los intérpretes, la causa verdadera es sin contradiccion, el prestigio que debemos en el mundo entero al papel que nos hemos atribuido y que hemos sostenido con tanta gloria. Los nombres de Alma, de Inkermann y de Sebastopol, han sido pronunciados por mas de una boca japonesa, y las láminas donde se veian trazados esos gloriosos episodios de la guerra llamaron la atencion en alto grado. Ahora bien, una de las cláusulas de la carta impuesta á los holandeses estipula que deben tener al gobierno japonés al corriente de todo lo que se pasa en Europa.

Pero aquí tropezamos con una objecion muy seria. La Francia representa hoy en esos países el principio católico, mediante sus misioneros. ¿No será este título un obstáculo en el Japon, en ese imperio donde el Evangelio está proscrito hace tres siglos con un encarnizamiento sin ejemplo en la historia? Para penetrar allí, la Inglaterra y la Rusia borrarán la cruz de sus banderas, y en fin cuando Colbert envió el antiguo director holandés de Firato para que tratase de fundar un establecimiento francés, llevaba en sus instrucciones estas palabras indignas, á mi juicio, de un soberano, pero que prueban su temor sobre el punto susodicho. « En cuanto á religion, diréis que la de los franceses es de dos clases, una como la de los españoles y otra como la de los holandeses, y que habiendo sabido S. M. que la de los españoles es desagradable en el Japon, ha ordenado que solo vayan súbditos que profesen la religion de los holandeses. »

El mal éxito de las tentativas de la Inglaterra y de la Rusia prueban que la muerte que sorprendió á Caron en Lisboa, salvó á la Francia de una humillacion inútil. La Francia de Luis XIV, como la Francia de Napoleon, es católica, y la apostasia es mas vergonzosa aun para los pueblos que para los individuos. — El único jesuita

que en una hora de flaqueza renegó su fé, vivió miserable y despreciado de los japoneses, mas aun que sus antiguos hermanos, en tanto que los mártires excitaban su admiracion. Los holandeses de Detsima, que sin abjurar su título de cristianos, desconocieron al ménos su grandeza, no han tenido en el Japon, ni tendrán á pesar de su tratado reciente, mas que un puesto indigno de una nacion europea.

« En el imperio japonés, dice M. Fraycinet, como en todos los Estados paganos, la libertad de conciencia ha sido siempre acordada cuando no podia perjudicar á los intereses del gobierno civil. ¿Necesito entablar una discusion histórica sobre las causas que produjeron la ruina del catolicismo en el Japon, para demostrar que todas esas causas son políticas? »

« Enviamos misioneros que convierten una parte de la nacion á nuestra fé, y luego mandamos soldados. Los recién convertidos combaten con ellos y les ayudan á someter el país al rey Felipe II, » decia don Matías de Landeche á uno de los ministros de Taico-Sama, sorprendido de la inmensidad de las posesiones de la España; « creamos en los pueblos necesidades facticias con nuestro comercio; los pueblos, para satisfacer estas necesidades, violan las leyes de su patria, y luego hacemos la guerra para imponer nuestro comercio, » pueden decir hoy los comerciantes ingleses y americanos. Esta simple coincidencia, comentada por la guerra de 1840, encierra toda la cuestion y bajo este nuevo punto de vista se comprende en Yedo. — Una prueba entre mil. Los tratados ingleses y americanos nada estipulan sobre la cuestion religiosa; además la religion del Estado, es esa religion de los holandeses que nunca ha sido proscrita por los siogouns. Pues bien, repetidas veces durante nuestra residencia en Hakodadi, nuestros capellanes, sacerdotes católicos, recorrieron las calles de la ciudad á fin de cumplir con nuestros difuntos ó con nuestros heridos los deberes de su ministerio. Revestidos de sus insignias sacerdotales y precedidos de la cruz hollaban esa tierra asesina del Japon, en medio de una poblacion cuya curiosidad no se veia contenida por ningun mandato imperial.

¡Influencia política, moral, civilizacion! Palabras sonoras, dirán los hombres prácticos; pero ¿de qué nos servirán? Fácil me seria demostrarles que ese mercado inmenso del Japon, origen de toda influencia, donde la Inglaterra y los Estados-Unidos de América no son precedidos, es quizá el único en el mundo donde los productos de nuestra industria aristocrática puedan luchar con ventaja contra sus rivales; pero esta carta es ya bien larga y debo concluir, lo que haré insistiendo en las palabras de su principio. — El extremo Oriente toca á revoluciones cuyo rechazo se hará sentir mucho en Europa. ¿La Francia podrá permanecer espectadora indiferente de tales revoluciones? No lo creo. ¿Y en este caso, no debe elegir de antemano su puesto en ese teatro lejano, donde se han encontrado ya la Inglaterra, los Estados-Unidos y la Rusia? ¿No es tiempo ya de enviar á Yedo un plenipotenciario francés como en otro tiempo en la China, á Wampoa, para regularizar las relaciones futuras de ambos pueblos, consolidar la influencia que hemos conquistado, y generalizar desarrollándolos, los tratados particulares de los Estados-Unidos y de la Inglaterra? — No he hecho mas que poner la primera piedra, decia el comodoro Parry despues del tratado de Yoko-Hama; la Inglaterra y la Francia concluirán la obra comenzada. — Las palabras de este hombre eminente son á la vez una verdad y un homenaje á nuestra patria, y el porvenir las realizará.

P. A.

## El Jardin de Plantas de Paris.

ANIMALES ÚTILES.

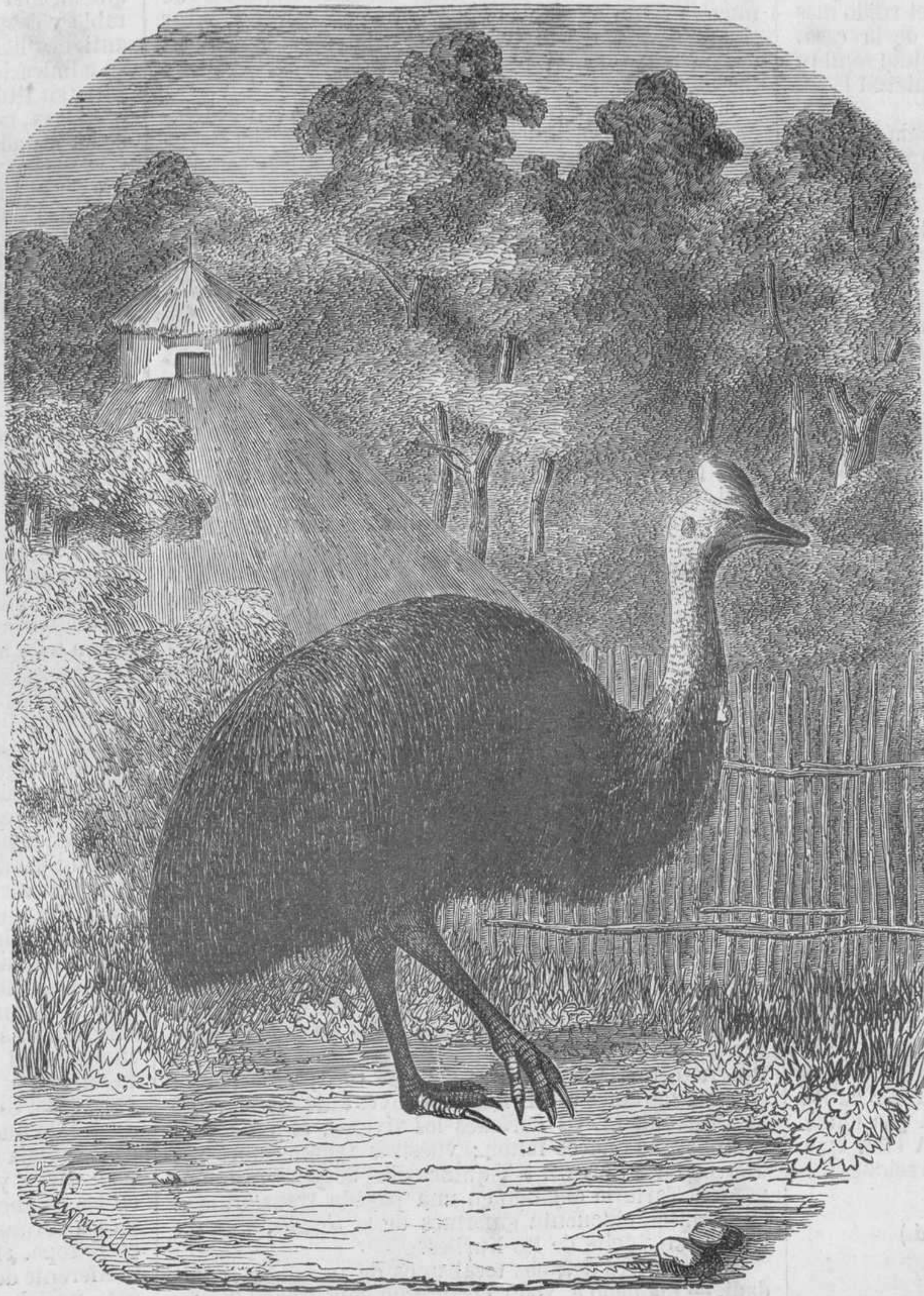
La idea de aclimatar y de domesticar en Francia á ciertos animales salvajes de las comarcas lejanas es tan poco popular aun, que la mayor parte del público la considera como una utopia, por no emplear otra palabra, y se divierte con agudezas mas ó ménos felices respecto á esos hombres estimables que tienen la fatuidad de querer dotarnos de animales útiles. Afortunadamente para la Francia se ha formado una *Sociedad de aclimatacion* por los cuidados de M. I. Geoffroy Saint-Hilaire, el entendido director de la casa de fieras del Museo, y ensayos muy importantes y muy bien conducidos han señalado su existencia que data apenas de tres años. Como esta sociedad no es una pandilla, que no admite en su seno mas que un corto número de amigos, sino que se recluta de todos los hombres de buena voluntad y el número de sus miembros es ilimitado, los hacendados celosos de mostrar que quieren seguir las ideas de progreso y de mejora, querrán formar parte de ella, y se multiplicarán los ensayos de aclimatacion con beneficio de todos. Por lo demás, la idea de aclimatar aquí los animales útiles de ciertas regiones es tan corriente como la de aclimatar los vegetales útiles de las mismas comarcas, y ya no estamos en aquellos tiempos en que Parmentier se tomaba tanto trabajo para vulgarizar la patata; cosa nueva, cosa mala, se decia entónces, pero aquel tiempo ha pasado. Todos los dias, la coleccion de animales del Museo de historia natural se enriquece con animales que podrán ser utilizados. Entre los últimos que han llegado se distinguen el casoar de cresta y los pecaris de coilar. El casoar de casco, representado en el primero de estos dibujos, es del archipiélago Indio. Es un ave de 1<sup>m</sup>, 60 á 1<sup>m</sup>, 70 de largo que en su forma y en su organizacion se parece al avestruz

y al dromo; como estos anda mucho.

Su cabeza con un cuello muy largo es pequeña, y tiene encima una especie de cresta ó casco cónico oscuro por delante y amarillento sobre el resto de su superficie. Esta protuberancia singular que da al animal una fisonomía muy particular no existe en los individuos jóvenes. Es un crecimiento cavernoso del hueso frontal cubierto con una membrana de naturaleza córnea que se forma y aumenta en volumen á medida que se desarrolla el animal. El pico es derecho y negro, y se halla comprimido lateralmente. El pellejo de la cabeza y de la mayor parte del cuello se halla desprovisto de plumas y no presenta mas que algunos pelos negros. Es de un azul claro en lo alto de la cabeza, mas oscuro sobre el cuello, luego violado y por último de un rojo vivo, y está cargado de carúnculas colgantes por el sitio donde comienzan las plumas. Estas son largas, flexibles, negras y de una naturaleza particular, que las hace parecer mas á la piel de un mamífero que al plumaje de un ave; cubren la base del cuello y todo el cuerpo. Las alas se reducen á unos plumones tiesos desprovistos de barbas y totalmente impropios para el vuelo; ni siquiera pueden servir para agitar el aire á fin de acelerar la carrera. Las patas, por el contrario, son muy fuertes y se hallan provistas de músculos del mayor vigor. Los tarsos son largos, sólidos, pelados, reticulados y los pies se componen de tres dedos robustos, desiguales, armados de uñas fuertes y todos dirigidos hácia adelante. El dedo interno, mas largo que los otros, tiene en compensacion una uña mucho mas larga.

El primer casoar que vino á Europa fué traído en 1597 por los holandeses á quienes le regalaron en Java, como un ave muy rara. La casa de Versalles poseía dos en 1671 que vivieron unos cuatro años, y en varias épocas, la casa de Paris pudo mostrar varios de ellos á sus numerosos visitantes.

El casoar se alimenta de sustancias vegetales, frutas y pan. M. Poivre, gobernador de la Isla de Francia, que crió



Animales nuevamente introducidos en el Jardin de Plantas de Paris. — El casoar de cresta.

uno en libertad, dice que le vió muchas veces sacudir con sus patas los árboles cargados de fruta para hacer caer las que no podía alcanzar.

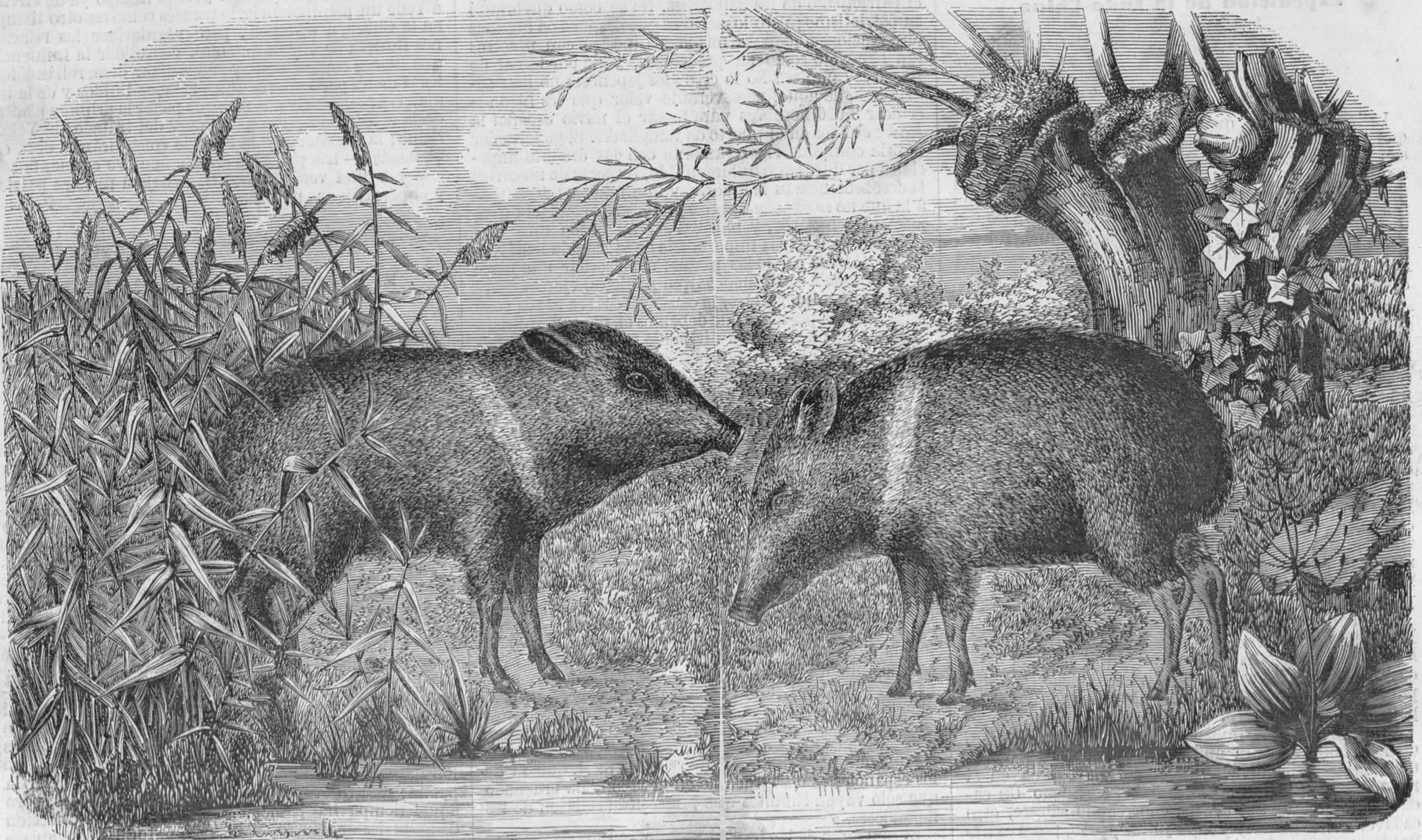
La hembra pone en un agujero abierto entre la arena tres ó cuatro huevos cenicientos, verdosos por la punta mas gruesa, y sembrados en este sitio de tubérculos mas oscuros. Son como la mitad de los de avestruz y su cáscara es muy frágil. La incubacion de la hembra dura de 24 á 30 dias.

El casoar poco delicado para el alimento, y que solo exige ser preservado del frio, seria un animal hermoso de adorno en los grandes parques, en tanto que propagado y mejorado, en punto á su carne, sea buena para comer, como lo espera M. J. Geoffroy Saint-Hilaire.

Los pecaris de collar viven por parejas ó en pequeños grupos en los bosques de América. Los que se ven en este momento en el Museo de Paris vienen de Cayena. Estos animales son unos lechones de monte muy parecidos al jabali, del que difieren, sin embargo, por los colmillos que no salen de su boca. por la presencia en la region de los hijares de una glándula que produce un humor fétido y por las patas traseras que generalmente solo tienen tres dedos. Esta última diferencia no siempre existe, pues se han visto algunos con tantos dedos como el jabali, pero esto no es lo comun. Su cuerpo es rechoncho y corto, su cuello grueso y su cabeza larga. Están cubiertos de cerdas muy fuertes, largas y tiesas colocadas en zonas alternativamente blancas y negras, lo que da al animal un color ceniciento mas ó ménos oscuro. Hácia el cuello domina el blanco y forma un ancho collar. La hembra no da mas que una cria cada año de dos pequeñuelos que son siempre rojizos.

Estos animales se alimentan de sustancias vegetales: raices, tubérculos, etc. Varias veces se han reproducido en las casas de fieras europeas, y seguramente volverán á poblar un dia los bosques y los terrenos pantanosos del Centro y del Mediodía de la Europa.

D. L.



Los pecaris de collar.